

## NOTAS Y DEBATES

### LOS SECTORES POPULARES Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN ARGENTINA: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

LEANDRO H. GUTIÉRREZ  
LUIS ALBERTO ROMERO\*

*Dominados inicialmente* por las historias del movimiento obrero organizado, y luego por las investigaciones en torno de la inmigración masiva, los estudios sobre los trabajadores y los sectores populares han estado tradicionalmente centrados en la etapa que se abre en 1880, y particularmente en la ciudad de Buenos Aires. Algunos trabajos recientes que encaran el período 1850-80 (Falcón, 1984; Sabato, 1985) parten en realidad de un análisis retrospectivo de los problemas del ochenta. Respecto de las décadas iniciales del siglo, luego de que Tulio Halperin hiciera una sugestiva caracterización de los sectores populares en la sociedad "barroca" del Virreinato y analizara con agudeza su inserción en la vida política posrevolucionaria, no hubo trabajos posteriores que continuaran esa línea.

Respecto de los trabajadores rurales, el conjunto no muy numeroso de trabajos existentes no alcanza, sin duda, a dar cuenta de todos los problemas planteados, al punto que la presentación del conjunto hecha a principios de siglo por Juan Bialet Massé sigue siendo insustituible. Conocemos relativamente bastante del gaucho, así como de la inserción de los inmigrantes en la explotación pampeana: también, los trabajadores chaqueños y, en menor medida, de los tucumanos, ligados a la explotación azucarera, mientras que del resto hay un número escaso de monografías. Un primer balance parece indicar que aquí se encuentra uno de los déficit mayores.

#### I. ENFOQUES HISTORIOGRÁFICOS

##### *1. Los militantes historiadores*

La historia del movimiento obrero organizado constituye el corpus central de la producción historiográfica referida a los trabajadores. Al igual que en los países europeos, los iniciadores de esta temática han sido militantes políticos y gremiales que

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
PEHESA/CISEA

escribieron movidos por preocupaciones políticas antes que estrictamente historiográficas, en una época en la que los historiadores profesionales sólo se ocupaban de los sectores populares cuando algún desborde o explosión lo hacía inevitable. Los autores más significativos son Diego Abad de Santillán, Jacinto Oddone, Sebastián Marotta y Rubens Iscaro. La mayoría de sus obras fueron escritas antes de 1955; sin embargo, algunas se editaron después de esa fecha y las otras adquirieron en ese período una amplia difusión (el texto de Iscaro conoció una versión inicial en 1958 y una segunda, más amplia, en 1973). En conjunto llegaron a constituir no sólo una fuente de información decantada, de la que se nutrió la mayoría de los trabajos posteriores, sino un modelo de interpretación destinado a perdurar largamente.

Cada una de estas obras se propone reivindicar una determinada línea ideológica en el seno del movimiento obrero organizado; pero sobre todo, apuntan a recortar una cierta identidad entre los trabajadores, que creen amenazada por un decurso antinatural de la historia. Abad de Santillán publicó su libro en 1936, desencantado por el fracaso y casi extinción del anarquismo. Oddone concluye su historia en una fecha precisa, el 24 de mayo de 1944, cuando la entrega de la CGT al peronismo marca, a su juicio, el fin del gremialismo libre. Marotta escribe el suyo cuando los avatares del final del peronismo —el incendio de la Casa del Pueblo; su propia detención y la confiscación de sus papeles— parecen amenazar la perduración de la memoria y la confiscación de sus papeles— parecen amenazar la perduración de la memoria de un sindicalismo mejor. Rubens Iscaro —el más ideológico y menos preocupado por los recaudos historiográficos— escribe en cambio mirando al futuro, buscando en el pasado la historia del avance, dentro de las organizaciones sindicales, de la fuerza progresiva por excelencia, esto es la militancia comunista.

Aunque escritas fuera del campo académico, estas obras contribuyeron a definir un tipo historiográfico que luego influyó fuertemente en el trabajo de los historiadores profesionales. En primer lugar, recortaron en el conjunto de los sectores populares un sujeto, los trabajadores urbanos organizados sindicalmente, y de hecho excluyeron a otros sectores. También recortaron un campo de análisis: su existencia como trabajadores, su acción gremial, sus organizaciones y las ideologías dominantes, así como a los intelectuales y partidos que se dirigían a ellos. La competencia entre esas ideologías, sus estrategias y tácticas, constituyó un tema en definitiva más importante que las luchas de los trabajadores con los capitalistas. De esto deriva un segundo rasgo: escritas por militantes, en tren de justificar sus acciones, son fuertemente sectarias. La reconstrucción del pasado que cada una de ellas ofrece se asemeja mucho a la epopeya: relato heroico donde ciertos hechos, cuya relevancia no es obvia, aparecen como una inflexión decisiva de la historia, en tanto sirven para justificar una determinada línea política. Desde el punto de vista de su factura historiográfica, son extremadamente pobres, en parte por la formación no académica de los autores. Todos ellos se limitan a los datos que proporcionan los periódicos obreros, los Congresos, las declaraciones de sus organizaciones. Los hechos son presentados linealmente y sin jerarquías; sobreabundan los detalles innecesarios para la argumentación (aun cuando resulten interesantes si la obra se lee como una fuente y el análisis es mínimo). En suma, se narra sin deducir de lo narrado las explicaciones, las que son literalmente tomadas de las historias generales del movimiento obrero europeo.

Todos estos libros fueron escritos —con excepción del de Iscaro— o bien antes o bien en contra del peronismo, e ignorándolo, es decir negándose a considerar

qué vínculos podían existir entre la historia sindical anterior a 1945 y ese movimiento emergente. Esta tendencia fue, en alguna medida, mantenida por los historiadores del movimiento obrero afines con el peronismo. Las nuevas historias del movimiento obrero se caracterizaron por poner en el centro de sus preocupaciones el tema de la relación entre los sindicatos y el sistema político, tema que —si bien no había estado ausente de las obras anteriores— no ocupaba en ellas una posición central. Tanto Alberto Belloni como Alfredo López procuraron mostrar de qué manera y por qué razones los trabajadores organizados habían abandonado sus antiguos alineamientos para encolumnarse tras un movimiento que, mirado con los ojos de antiguos militantes, desconcertaba por las facilidades que ofrecía a causa del apoyo estatal. Pese a las marcadas diferencias políticas, en términos historiográficos el corte no fue significativo, y perduró el antiguo modelo, considerando a los trabajadores en su doble aspecto de productores y activistas, aun cuando las líneas de clivaje no pasaban por las diferentes ideologías del pasado, la eficacia de las acciones o la legitimidad de las organizaciones sino, más simplemente, por un antes y un después de la experiencia fundadora del peronismo.

Este molde historiográfico, construido fuera del campo académico, ha influido fuertemente en historiadores profesionales, munidos de instrumentos metodológicos más complejos y poseedores de una base heurística mucho más amplia pero que, sin embargo, no llegaron a superar la concepción —por otra parte estimable— de los iniciadores. Esto parece deberse más que a una deficiente aplicación de los instrumentos del oficio a la adhesión a determinadas concepciones acerca de la evolución de la sociedad y del papel que en ella cumplen los trabajadores. No es objetable, por cierto, la vinculación, en muchos casos extremadamente fructífera, de práctica política y quehacer historiográfico, sino de la subordinación de éste a aquélla. En muchos casos —y no sólo en relación con el movimiento obrero— lo que se busca en la indagación del pasado son legitimidades, antecedentes, tradiciones y conformaciones de las propuestas políticas. En algunos casos, inclusive, una misma investigación, sin demasiados retoques, puede servir para justificar posiciones políticas divergentes, asumidas sucesivamente. En otros, se advierte la necesidad de mostrar cómo se fueron constituyendo los actores sociales que, a partir de su inserción en la estructura productiva, debieron haber adquirido ciertos rasgos de identidad propios del papel histórico que necesariamente tenían que cumplir. Esto se advierte en los trabajos, por otra parte muy sólidos, de Edgardo Bilsky, fundamentados en una indagación extensa en los fondos documentales de Amsterdam. Si su sensibilidad de historiador profesional le permite vislumbrar, a principios de siglo, el carácter todavía amorfo de una sociedad en proceso de constitución, no sólo en términos sociales sino de experiencias compartidas, actitudes, opiniones e ideologías, sus convicciones lo llevan a postular la necesaria constitución de ese actor indefinido en clase y a fundamentar su asunción en las premisas ideológicas de los militantes.

## *2. Nuevos enfoques, nuevos temas*

a. Pese a la persistencia del modelo de la historia de los militantes, desde 1955 hubo cambios sustanciales en los temas y enfoques de los historiadores. Influyó en primer

lugar la formación de un nuevo campo académico, al calor de la renovación universitaria, pero también las demandas sociales crecientes —particularmente agudizadas entre los intelectuales— de explicaciones y quizá propuestas sobre el peronismo. Esto se plasmó, hacia 1958, en torno del Instituto de Sociología y el Centro de Estudios de Historia Social de la Universidad de Buenos Aires, dirigidos por Gino Germani y José Luis Romero, donde se realizaron actividades conjuntas y paralelas que influyeron fuertemente sobre un vasto grupo de jóvenes investigadores en sociología y en historia. Sus preocupaciones centrales en relación con la historia argentina giraban en torno de la “modernización” y el “desarrollo económico” y recogían motivos y orientaciones tanto de los economistas de vertiente cepaliana cuanto de los intelectuales influidos por el marxismo (Tulio Halperin ha caracterizado la singular situación en que esas influencias podían compatibilizarse). En ese contexto, las investigaciones se orientaron hacia lo que se llamó la “formación de la Argentina moderna”, proceso en el que se asignaba un papel fundamental a la inmigración masiva y, por otra parte, a la etapa del populismo nacionalista y el peronismo, que llevaba a atender especialmente a los sindicatos. La historia, ahora “social”, se renovó profundamente con estos contactos, aunque mantuvo una relación entre discipular y ancilar con las más jóvenes —y también más prósperas— ciencias sociales; esto perduró luego del derrumbe del sistema universitario en 1966, en el marco de los centros privados de investigación, donde con frecuencia la función asignada a la historia se limitaba a redactar los “marcos” introductorios de los estudios.

De esta conjunción ha resultado un número de trabajos, realizados por sociólogos y científicos políticos, pero también por economistas, antropólogos y urbanistas, que deben ser considerados en una evaluación de la historiografía del movimiento obrero y de los sectores populares por dos motivos. Se ocuparon, con sus propios enfoques, de temas de los que los historiadores rehusaban ocuparse, particularmente de los períodos más recientes y, por otra parte, lo fueron haciendo progresivamente con enfoques y metodología más históricos, en parte por una convicción acentuada por la crisis de los paradigmas sociológicos y en parte porque, en el marco de una creciente estrechez de recursos, la investigación histórica, en general más artesanal y menos acatada a complejos y costosos procesamientos, era más factible. Por otra parte, en tanto los historiadores fueron definiendo nuevos campos problemáticos, muchos estudios hechos desde otra perspectiva pero que tomaban como tema el pasado pudieron asimilarse a ellos. De este modo, entre sociólogos (y otros) que se ocupan de temas históricos, y sociólogos-historiadores, se constituyó una zona intermedia que necesariamente debe ser considerada en un balance de este tipo.

En este marco de la renovación los historiadores propiamente dichos tuvieron al principio pocos estímulos para ocuparse específicamente de los problemas de los trabajadores. Por una parte, el interés estuvo limitado durante mucho tiempo a la cuestión de la inmigración, que sólo lentamente fue derivando hacia la de los inmigrantes, y de allí a la de los trabajadores. Esa transición se refleja en la tesis doctoral de José Panettieri sobre los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva, defendida en 1965, que en 1967 fue modificada y publicada con el título de *Los trabajadores*. Por otra, los trabajos de la escuela de los *Annales*, corriente en la que se habían nutrido muchos historiadores, no muy abundantes en esta materia y en cierto sentido carentes de *feeling* por estos problemas, ofrecían pocos alicientes para enca-

rar estas investigaciones. Si algún referente externo fue decisivo, éste debe buscarse —un poco después— en los trabajos de E. J. Hobsbawm y E. P. Thompson y el resto de los historiadores marxistas británicos, en Michelle Perrot y Roland Treppe y, más adelante, en la *Social History* norteamericana.

b. Los primeros trabajos provenientes del Instituto de Sociología apuntaban simultáneamente a comprender la estructura y dinámica de las organizaciones sindicales y a analizar las modalidades de la presencia política de la clase obrera. El papel de los sindicatos como agentes sociales de la modernización, la relación entre organizaciones sindicales y estrategias políticas, la naturaleza de las direcciones sindicales o los modelos de incorporación política de la clase obrera y sus alianzas, todo ello presentado bajo la forma de relaciones estrictas, eran algunos de los parámetros de investigaciones de índole estrictamente sociológica, en las que la realidad compleja y matizada, que suele preocupar a los historiadores, aparecía rígidamente encorsetada. (Véanse algunos de los trabajos reunidos en T. Di Tella, comp., 1969).

c. Paralelamente, algunos historiadores fueron trasladando sus intereses de los problemas de la modernización y la inmigración masiva a los de los inmigrantes *qua* trabajadores; su preocupación por los problemas de las décadas iniciales del siglo venía a coincidir con la de aquellos influidos por la tradición militante, que gustaban de ocuparse de esa etapa más gloriosa. Así, los modelos sociológicos o económicos, hasta entonces sólo ilustrados con los datos del pasado, comenzaron a ser considerados en una perspectiva más específicamente histórica.

Un buen ejemplo de los pasos de este cambio se encuentra en el problema del mercado de trabajo. Al respecto, dos estudios de muy buen nivel ejemplifican paradigmas y orientaciones diferentes: el de R. Cortés Conde (1979, cap. IV), rigurosamente ceñido a los términos del mercado y con pocas concesiones a la dimensión social, mantiene firmes sus lazos con la tradición inicial; el de Hilda Sabato (1985), que lo vincula tanto con la transición entre distintas estructuras económicas cuanto con la peculiar situación de los trabajadores, se abre al análisis de las maneras sociales y culturales en que éstos experimentan su inserción en el mercado. En esa línea, José Panettieri (1981) estudió las repercusiones sobre los trabajadores de las crisis económicas y las leyes monetarias. Ofelia Pianetto (1984), que estudió estos problemas en relación con Rosario y Córdoba, estableció relaciones entre las modalidades del mercado y la acción sindical, buscando los determinantes estructurales de problemas que tradicionalmente se explicaban por lo ideológico o lo político.

En su dimensión macrosocial, esos estudios han permitido mantener una problemática común y un diálogo con economistas y sociólogos. Son pocos los estudios realizados sobre los problemas del mercado de trabajo en períodos intermedios entre los de los estudios iniciales y el presente (Llach, 1978), aunque su consideración es tenida en cuenta con referencia al sindicalismo peronista. Pero la problemática de su constitución y sus características (como por ejemplo el carácter estructuralmente demandante que señaló Cortés Conde) están presentes en los estudios contemporáneos sobre la inelasticidad de la fuerza de trabajo o sobre la reconstrucción de la clase obrera (Delich, 1981; Palomino, 1988).

Por otra parte, se fue produciendo un deslizamiento hacia una problemática

más específicamente social, visible en los trabajos más recientes y en las investigaciones en curso. Por influjo de la llamada "perspectiva desde abajo", y sobre todo de los trabajos de Hobsbawm y Thompson, se ha empezado a atender a los trabajadores mismos, a sus experiencias en la fábrica, a la organización de los procesos de trabajo, la disciplina fabril y su experiencia por parte de los protagonistas, y aun al sentido del espacio físico, revelador de las relaciones sociales (Falcón, 1986; Lobato, 1987; Liernur, 1984).

*d.* La renovación de temas y métodos es más notable en el descentramiento del problema del ámbito de trabajo y la consideración de aspectos tales como las condiciones de la vida material, a las que tanta atención prestaron los historiadores británicos. En el campo de la historia económica estricta, Cortés Conde aportó un estudio sobre salarios reales en Buenos Aires que desmentía la interpretación sistemáticamente negativa de la tradición militante (retomada en obras muy influyentes, como la de Scobie). Debe señalarse que, en este texto sobre la producción "argentina", no se analiza la obra de autores extranjeros que han realizado aportes fundamentales; entre ellos, Isaac Oved, Hobart Spalding, H. Matsushita, J. Horowitz, L. Doyon, W. Little, D. James, S. Mainwaring, D. Rock. Este amago de traslado de la famosa polémica británica sobre el nivel de vida, y sus correspondientes versiones rosa y negra, no prosperó mayormente, y los investigadores se orientaron más bien al tema más general de las condiciones de la vida material. (Al respecto, nos permitimos sugerir que se reflexione sobre la significación de los trabajos de Leandro H. Gutiérrez [1981-1982] en la delimitación de ese campo de problemas.) Como en el caso de los estudios sobre la fuerza de trabajo, el paso inicial parece haber sido la delimitación de una problemática nueva, a partir de la cual era posible aprovechar las investigaciones realizadas a menudo con otras intenciones, como se advierte, sobre todo, en el caso de la vivienda popular. Así, un excelente trabajo sobre políticas de vivienda (Yujnovsky, 1974) arroja mucha luz sobre la condición de los moradores, del mismo modo que lo hace una réplica a ese artículo, destinada sin embargo a discutir la leyenda negra de la Argentina del Centenario (Kom, 1985). Igualmente útiles son los estudios, realizados desde perspectivas totalmente divergentes y heterogéneas, por un historiador urbano sobre los conventillos de Rosario (Hardoy, 1984), un arquitecto sobre la vivienda obrera (Liernur, 1984) o una socióloga sobre los efectos de la localización industrial (Facciolo, 1981). Ciertamente, todo ello es hoy parte de una investigación histórica renovada, pero también es preocupante testimonio de lo escaso de la contribución específica de los historiadores. Sin embargo, los pocos estudios existentes en este campo (como el de Suriano, 1984, sobre la huelga de inquilinos de 1907, o de Agustina Prieto sobre Rosario) revelan la especificidad de la preocupación por los conflictos sociales, desarrollados en un ámbito no tradicional para la teoría clásica. Revelan, igualmente, la relación —ya señalada respecto del mercado de trabajo— con estudios sociológicos relativos a los problemas actuales de los barrios populares.

*e.* La nueva orientación, atenta sobre todo a los actores sociales y sus experiencias, se manifiesta en el creciente interés por los ámbitos sociales específicos en que desarrollan su existencia y en la sustitución de la óptica macrosocial por la microsocia. Así, comienzan a aparecer estudios sobre los barrios obreros y sobre aquéllos,

muy típicos (aunque no exclusivos), de nuestra sociedad móvil, en los que los trabajadores conviven con otros sectores sociales. Se comienza a estudiar la formación de redes sociales y de asociaciones, convergiendo en muchos casos con quienes parten del estudio de la inmigración. Esto ha conducido a una definición provisoriamente más amplia del sujeto de estudio y al uso, en algunos casos, de la categoría de "sectores populares", que extiende su frontera hacia arriba y hacia abajo. Por otra parte, se advierte una nueva preocupación por los fenómenos genéricamente denominados "culturales", con referencia al universo de representaciones e ideas y a los procesos sociales de su constitución. Esto ha conducido a un reexamen de las ideologías, consideradas ahora desde el punto de vista de su recepción y reelaboración (Barrancos, 1987; Romero, 1986). También, a una reconsideración de un conjunto de estudios no específicamente historiográficos, referidos a la "cultura popular", que desde el punto de vista de esta nueva perspectiva dan cuenta no sólo del universo de ideas sino también de los usos del tiempo libre (Romano y Rivera, 1981; Sarlo, 1985). Se configura así, como en los casos anteriores, un nuevo campo de encuentro entre historiadores y otros investigadores sociales, en el que la historia dibuja los límites y señala los problemas principales.

f. Al igual que con las ideologías, con el tema de la participación política de los trabajadores asistimos a una recuperación de problemas tradicionales enfocados desde una nueva perspectiva. En este caso la "nueva" historia política, aunque enriquecida con los aportes de la sociología y la ciencia política, procura apartarse tanto del "relato seco" de la historia tradicional cuanto de las explicaciones rígidamente deterministas de algunos sociólogos y científicos políticos. El análisis de coyunturas particularmente complejas, como el advenimiento del peronismo, ha sido adecuado para desarrollar enfoques en los cuales los actores políticos, sin ser independientes de los actores sociales, no se confunden con ellos (y su relación es uno de los problemas por resolver). También, para construir escenarios políticos complejos, con múltiples posibilidades de equilibrio, alianzas y enfrentamientos y, sobre todo, para superar el determinismo, percibir la virtualidad de cada una de las coyunturas y recuperar la gama de alternativas abiertas a los actores. En ese sentido, son particularmente agudos los análisis de Hugo del Campo (1987) sobre la gestación de la relación entre Perón y los sindicatos y de Juan Carlos Torre sobre la relación entre los sindicatos y el último gobierno peronista.

## II. DEBATES

1. Los debates sobre los problemas del movimiento obrero y los sectores populares se centraron originariamente en dos campos definidos y acotados: el de las orientaciones político-ideológicas predominantes a principios de siglo y el de los orígenes sociales del peronismo. Progresivamente ambos campos han ido desarrollándose y acercándose, pero todavía quedan entre ellos zonas vacías.

2. Como se dijo, los estudios sobre los trabajadores en la etapa preperonista han estado dominados originariamente por los estudios de los historiadores-militantes, preocupado cada uno por justificar una línea u orientación política y, sobre todo, por

reivindicar una tradición y una práctica que se creían perdidas con la emergencia del peronismo. Tal sesgo de sus trabajos era aceptable en tanto su legitimidad no era buscada en el campo académico sino en el político. Menos justificable era la adhesión a esas posturas por parte de historiadores académicos que, más allá de la mayor solidez heurística y crítica de sus trabajos, renuncian a plantear nuevos problemas o a buscar explicaciones distintas y parecen más bien preocupados por ejemplificar modelos políticos previamente establecidos o hasta por las funciones y réditos pedagógicos de la historia. En ese sentido, los debates acerca de estas cuestiones se relacionan escasamente con un avance en la historiografía.

Esas orientaciones aparecen manifiestas con claridad en los trabajos sobre la Semana Trágica de 1919, enmarcados en general en una historia heroica de los trabajadores antes que en el proceso complejo y contradictorio de constitución de los actores sociales y políticos, su cambiante condición, ideas y estrategias en el marco de un proceso social igualmente cambiante. Así, en muchos trabajos este acontecimiento es caracterizado como un acto insurreccional (Godio, 1972) o como el último de una etapa "insurreccionalista" (Bilsky, 1984), sin preguntarse en qué medida en la etapa anterior, tan signada por la lucha estrictamente económica de los trabajadores, podían señalarse los antecedentes de tal proceso insurreccional. Esto no niega la existencia de actores ideológicos que lo plantearan como alternativa, pero acota su significación. En esa misma clave heroica estos autores deben presentar contemporáneamente un crecimiento casi magno de las organizaciones obreras a escala nacional que no se compadece con el inmediato eclipse total posterior, que llega hasta mediados de la década del treinta.

Otro tema debatido es el de la incidencia de la inmigración y la extranjería entre los trabajadores. Parece fructífero interrogarse sobre la significación de periódicos en lengua extranjera, o de los activistas que no hablaban castellano, así como sobre los problemas que los trabajadores extranjeros incluían en los temarios de las distintas organizaciones políticas (Falcón, 1987). También parecen fructíferas las inquisiciones que, desde el campo de los estudios sobre la inmigración, se hacen alrededor de la participación política de los inmigrantes. Todo ello contribuye a enriquecer la dimensión político-ideológica tradicional y a abrir nuevos problemas. No parece adecuado, en cambio, encarar esos problemas trasladando mecánicamente a nuestra historia las tesis de Lenin, buscando la "clase nacional" capaz de constituirse en "destacamento nacional" de la revolución internacional (Godio, 1973).

3. El segundo núcleo de problemas, el de los orígenes del peronismo, se desarrolló originariamente sin conexión alguna con el primero. Contribuyó a ello la perspectiva de los militantes fundadores, que veían en este movimiento la degradación y destrucción de la vieja tradición y también la de los militantes, intelectuales y políticos adheridos al peronismo, que reivindicaban el carácter fundacional del movimiento. Cualquier vínculo con las tradiciones políticas e ideológicas previas fue negado y esas tradiciones —dentro del clima nacionalista dominante— fueron tachadas de alienadas y extranjerizantes. Los propios trabajadores que las desarrollaron fueron globalmente considerados extranjeros; si el peronismo no reconocía vínculos con ellos, estos vínculos se establecían con los trabajadores del interior, recientemente emigrados, que componían el nuevo "pueblo peronista". Significativamente, Alberto



Belloni tituló su ensayo *Del anarquismo al peronismo*: todo el período que iba de 1920 a 1945 quedaba así eliminado de la consideración.

Un planteo similar fue desarrollado desde una perspectiva sólidamente académica por Gino Germani. Su interpretación sobre los orígenes del peronismo, que empezó a formular hacia 1950 y sistematizó en sus ensayos de *Política y sociedad en una época de transición*, se constituyeron desde entonces en un hito de la interpretación del peronismo. Naturalmente impresionado por el fenómeno del fascismo italiano, Germani desarrolló tres temas centrales, sólidamente ensamblados: la presencia masiva de los trabajadores “nuevos” en los orígenes del peronismo y su diferenciación frente a los “viejos”; su falta de experiencia organizacional e ideológica y su distanciamiento de los modelos de trabajadores industriales y, consecuentemente, su carácter de “masas en disponibilidad” prestas a ser captadas por un “líder carismático”. Esta explicación —que dibujaba más bien el perfil de los pobres y carenciados antes que el de los trabajadores— se correspondía con un modelo de análisis fuertemente sociológico, de rígidas relaciones entre variables acotadas, y un cierto mecanicismo en la consideración de las relaciones entre estructura e ideología. Fue un modelo notablemente exitoso, que influyó en un sinnúmero de investigadores, en un momento en que todavía no aparecían marcadas las disyunciones entre corrientes posteriormente divergentes, como la sociología de la modernización y el marxismo (que en la variante por entonces cultivada podía coexistir fácilmente con aquélla).

Las hipótesis de Germani florecieron en un período, luego de 1955, en el que la izquierda progresista, todavía unida, se preocupaba por la reinserción de la clase obrera en un sistema político más normal, superado el fenómeno considerado anómalo del peronismo, que podía quizás explicarse por la inexperiencia de sus primeros protagonistas. Posteriormente, en el contexto inaugurado por la Revolución Cubana, floreció la izquierda insurreccional, que procuró captar a los trabajadores, y aquélla otra que, quizá con similares propósitos finales, intentó “entrar” en el peronismo y hacer de él un movimiento revolucionario; ese programa, pensado para el futuro, implicaba un reexamen del pasado que —según se declaraba en extensos actos de contrición— no se había comprendido o, mejor, sentido adecuadamente.

Esta última corriente dio lugar a una amplia producción, notable como fenómeno cultural, si se quiere, pero marginal en un balance académico, que sin embargo se integra dentro de una corriente de crítica generalizada de las hipótesis de Germani. En lo académico, estas críticas se nutrieron de una tradición marxista renovada, menos mecanicista y más atenta a los fenómenos ideológicos y culturales.

4. La crítica a Germani se centró en dos cuestiones: su división de los trabajadores “nuevos” y “viejos” y la correlativa identidad política de unos y otros, y el vacío de significaciones del período 1920-1943. En 1968, en tiempos de la Revolución Argentina y en vísperas del Cordobazo, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero redactaron un ensayo, ampliamente difundido en su versión informal original y luego incluido en un volumen (Murmis y Portantiero, 1971), referido a la participación del movimiento obrero en los orígenes del peronismo. Discuten allí la validez de la distinción entre obreros viejos y nuevos y cuestionan, en el nivel de los dirigentes sindicales, las organizaciones y las propuestas, la separación entre los antiguos y los recién llegados al mundo industrial. Por otra parte, replantean los términos de la rela-

ción entre sindicalismo y Estado: lejos de ser “inventada” por el peronismo, esta tradición enlaza con la tradición vigente en el gremialismo desde por lo menos 1930, y coincide no sólo con tendencias propias de los trabajadores sino con el crecimiento de la intervención del Estado en todos los órdenes sociales. Profundización, mayor receptividad de uno y otro lado, pero continuidad en una tradición ya constituida.

Es posible encontrar antecedentes de este trabajo particularmente en ciertos estudios, desafortunadamente fragmentarios, de Celia Durruty sobre la condición obrera y el nuevo significado de los años treinta (publicados póstumamente en 1969), pero lo cierto es que ese trabajo —una sugerente hipótesis más que una monografía acabada— tuvo una enorme influencia, reabrió la discusión e incitó a nuevas investigaciones de base que permitieron no sólo reconsiderar los orígenes del peronismo y los términos precisos de la relación entre Perón y el movimiento obrero (como lo hizo en un par de brillantes artículos Juan Carlos Torre) sino toda la década de 1930 en la que, más allá de su carácter “infame” (calificativo reverdecido por corrientes “nacionales”) comenzaban a descubrirse elementos innovadores y definitivamente constitutivos de nuestra historia contemporánea. Entre ellos es sin duda destacable el trabajo de Hugo del Campo, que extiende a toda la década del treinta las hipótesis de Murmis y Portantiero acerca de la burocratización y el reformismo pragmático y la búsqueda de alianzas con el poder político por parte del sindicalismo, y comprueba el pasaje al peronismo de casi toda la estructura gremial establecida.

Esta nueva perspectiva ha permitido comenzar a recuperar la historia de los trabajadores en la década de 1930 y llenar la brecha existente entre los estudios sobre principios de siglo y el período peronista, aunque todavía la discontinuidad se mantiene tanto en lo que hace a investigaciones específicas cuanto a la formulación de una problemática unificada común a ambos períodos (al respecto, nos permitimos señalar la perspectiva integrada en el análisis de la participación política de los sectores populares porteños en el trabajo respectivo de Luis Alberto Romero, 1985). La nueva perspectiva, abierta en enfoques metodológicos y políticos diversos, se manifiesta además en múltiples escritos sobre los trabajadores en la etapa posterior a 1955; es significativo que, pese a los profundos cambios habidos en las múltiples dimensiones de la condición obrera y de las estructuras sindicales, esos trabajos se centren en el tema más tradicional de la relación entre sindicatos y poder (Cavarozzi, Torre, Delich).

### III. VACÍOS Y NECESIDADES

1. Como en casi cualquier campo de nuestra historiografía, es más fácil hacer la lista de lo que se ha hecho que la de lo que falta. Ya se señalaron algunos grandes huecos: prácticamente no se estudió nada sobre sectores populares antes de 1850 y hay una carencia similar de monografías sobre estos sectores fuera de los grandes centros urbanos del litoral.

2. En el área en la que tradicionalmente se han centrado estos estudios, hay carencias igualmente notables, particularmente la referida al período 1920-1935, es decir los años que van de la Semana Trágica a la reorganización de la CGT. No es casual

esto en una historiografía centrada en las organizaciones y las luchas que, cuando éstas amenguan y aquéllas pierden relevancia, parece quedarse sin tema. Unir los dos grandes núcleos de estudios existentes —principios de siglo y peronismo— resulta sin embargo esencial, máxime cuando empieza a vislumbrarse que en esos años oscuros se encuentran muchas claves para el estudio de los acontecimientos posteriores. Para hacerlo, es necesario ampliar considerablemente la agenda de problemas, los temas y cuestiones y, quizá, redefinir al sujeto mismo de estos estudios, al cual la caracterización de “clase obrera” parece no convenir totalmente, sobre todo en este período. Esta ampliación de la agenda es, naturalmente, recomendable para todos los otros períodos.

3. Un primer campo que debe desarrollarse es el de los obreros en la fábrica, los cambiantes procesos de trabajo y las condiciones en que se desarrolla la actividad y, en relación con eso, las formas básicas e iniciales del conflicto y la organización. Prácticamente no se ha escrito nada después de Patroni y es urgente que estos temas se retomem.

4. Más importante aun, es necesario considerar la vida fuera de la fábrica y, muy especialmente, en aquellos períodos —como el de los años oscuros de los veinte— en que la identidad de los trabajadores parece descentrarse del mundo del trabajo. El estudio sobre los problemas de vivienda parece bastante encaminado, pero es necesario complementarlo con otras dimensiones de las condiciones materiales y con la consideración, en relación con ellas, de la vida familiar. Luego, está el gran tema del tiempo libre, sobre el que se están realizando tantos trabajos en Europa y Estados Unidos: es necesario conocer el impacto de los deportes y la llamada “vida saludable”, de la radio, el cine y la literatura popular; es imprescindible reconstruir la red de ámbitos en los que se desarrolla la existencia de los trabajadores, a partir de los cuales puede entenderse su relación con la sociedad global (al respecto, nos permitimos señalar nuestros avances en el estudio de las sociedades barriales y su relación tanto con la dimensión social de los trabajadores cuanto con la cultural). Es necesario, inclusive, reconsiderar totalmente la dimensión política a partir de la forma en que los trabajadores constituyen y desarrollan ámbitos celulares de participación, en la fábrica o en el barrio. Es posible que de estos estudios pueda deducirse una imagen de los trabajadores menos encerrada en ellos mismos y más abierta a la comprensión de su peculiar situación en una sociedad en la que la movilidad social contribuye a atenuar las líneas de clase que, por otra parte, el proceso social va dibujando.

5. Finalmente, es necesario desarrollar estudios sobre ese campo genéricamente denominado de la “cultura” de los trabajadores, es decir el de lo simbólico visto desde la perspectiva de los procesos sociales de constitución de los significados. Allí es posible apreciar el entronque de los procesos sociales e ideológicos desde una perspectiva menos esquemática y reduccionista que la habitual. Allí es posible organizar un campo de encuentro entre distintas disciplinas: la historia, la antropología, la literatura, la arquitectura quizá... Recientemente, Adolfo Prieto, estudiando la literatura del ciclo de Juan Moreira, ha planteado una imagen verdaderamente sorprendente de la influencia del criollismo entre los sectores populares porteños de principios de si-

glo, esos mismos que, según una fábula convenida, no sólo eran extranjeros sino también extranjerizantes. Probablemente en esa zona de encuentro se ubique hoy el terreno más propicio para avances sustanciales en nuestros conocimientos y sobre todo en nuestra problemática.

6. Esta imagen cada vez más compleja y matizada de los sectores populares y los trabajadores, que atiende a más niveles de su existencia y se aleja de aquellos campos específicos donde se había constituido su historia heroica, no supone el abandono de ciertas nociones básicas de la historia social como es la de que los procesos sociales constituyen la manifestación de los conflictos, necesarios y permanentes, de sus actores. Pero trata de buscar esos conflictos en un campo más amplio que el tradicional, descubriendo la dimensión conflictiva implícita en el acceso diferencial a los bienes materiales —como la vivienda o la salud— o, en el otro extremo, la que está implícita en la apropiación o imposición de formas culturales. Como señalan ya muchos autores, el conflicto social no se limita a las huelgas o al 17 de octubre: está presente en las cuestiones relativas al consumo o las vinculadas con lo cultural que, en palabras de Stuart Hall, es un campo conflictivo.

#### BIBLIOGRAFÍA<sup>1</sup>

- ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1971), *La FORA: ideología y trayectoria*, Buenos Aires, Proyección.
- ARMUS, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- BARRANCOS, Dora (1987), "Las 'lecturas comentadas': un dispositivo para la formación de la conciencia contestataria entre 1914-1930", en: *Boletín*, núm. 16, Buenos Aires, CEAL.
- BELLONI, Alberto (1960), *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- BILSKY, Edgardo (1984), *La semana trágica*, Biblioteca Política, núm. 50, Buenos Aires, CEAL.
- (1985), *La FORA y el movimiento obrero* (2 tomos), Biblioteca Política, núms. 97 y 98, Buenos Aires.
- CAVAROZZI, Marcelo (1983), *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires, CEAL.
- CORTÉS CONDE, Roberto (1979), *El progreso argentino, 1880-1914* (cap. IV: El mercado de trabajo), Buenos Aires, Sudamericana.
- DEL CAMPO, Hugo (1983), *Sindicalismo y peronismo, los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO.

<sup>1</sup> Esta bibliografía, ilustrativa de los temas tratados en el texto, no pretende ser ni exhaustiva ni selectiva.

- DELICH, Francisco (1981), "Desmovilización obrera y cambio social", en: *Crítica y Utopía*, núm. 3, Buenos Aires.
- DI TELLA, Torcuato (1964), *El sistema político argentino y la clase obrera argentina*, Buenos Aires, EUDEBA.
- comp. (1969), *Estructuras sindicales*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- DURRUTY, Celia (1969), *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Pasado y Presente.
- FACCIOLO, Ana María (1981), "Crecimiento industrial, expansión metropolitana y calidad de vida. El asentamiento obrero en la región metropolitana de Buenos Aires desde principios del siglo", en: *Desarrollo Económico*, núm. 80, vol. 20, Buenos Aires.
- FALCÓN, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Biblioteca Política, núm. 53, Buenos Aires, CEAL.
- (1986), *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Biblioteca Política, núm. 153, Buenos Aires, CEAL.
- (1986-87), "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en la Argentina (1900-1912)", en: *Anuario*, núm. 12, segunda época, Rosario.
- FORD, A.; RIVERA, J. B. y ROMANO, E. (1985), *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa.
- GERMANI, Gino (1963), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- (1973), "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en: *Desarrollo Económico*, núm. 51, vol. 13, Buenos Aires.
- GODIO, Julio (1972), *La semana trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Galerna.
- (1973), *Historia del movimiento obrero argentino: migrantes, asalariados y lucha de clases, 1880-1910*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- GUTIÉRREZ, Leandro H. (1981), "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", en: *Revista de Indias*, núm. 163-164, Sevilla.
- (1982), "Condiciones materiales de vida de los sectores populares en el Buenos Aires finisecular", en: *De historia e historiadores: homenaje a José Luis Romero*, México, Siglo XXI Editores.
- HARDOY, Jorge E. (1984), "La vivienda popular en el Municipio de Rosario a fines del siglo XIX. El censo de los conventillos de 1895", en: *Sectores populares y vida urbana*, Biblioteca de Ciencias Sociales, Buenos Aires, CLACSO.
- ISCARO, Rubens (1958), *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Buenos Aires. Existe una versión ampliada posterior (1973), *Historia del movimiento sindical argentino* (2 tomos), Buenos Aires, Fundamentos.
- KORN, Francis y DE LA TORRE, Lidia (1985), "La vivienda en Buenos Aires, 1887-1914", en: *Desarrollo económico*, núm. 98, vol. 25, Buenos Aires.
- LIERNUR, Pancho (1984), "Buenos Aires: la estrategia de la casa autoconstruida", en: *Sectores populares y vida urbana*, Biblioteca de Ciencias Sociales, Buenos Aires, CLACSO.
- LOBATO, Mirta (1987), "Condiciones de trabajo en la industria frigorífica. Buenos Aires, 1900-1930", en: *Condiciones y medio ambiente de trabajo en la Argentina*, Buenos Aires, Humanitas.
- LÓPEZ, Alfredo (1971), *Historia del movimiento social y la clase obrera argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo.

- LLACH, Juan J. (1978), "Estructura ocupacional y dinámica del empleo en la Argentina: sus peculiaridades, 1947-1970", en: *Desarrollo Económico*, núm. 68, vol. 17, Buenos Aires.
- MAROTTA, Sebastián (1960), *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo* (3 tomos), Buenos Aires, Lacio.
- MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan C. (1971), *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PALOMINO, Héctor (1988), *Cambios ocupacionales y sociales en Argentina, 1947-1985*, Buenos Aires, CISEA.
- PANETTERI, José (1967), *Los Trabajadores*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- (1981), "La Ley de Conversión Monetaria de 1899 en el marco de la formación de la Argentina moderna", en: *Desarrollo Económico*, vol. 21, Buenos Aires.
- PIANETTO, Ofelia (1984), "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922", en: *Desarrollo Económico*, núm. 94, vol. 24, Buenos Aires.
- ROMERO, Luis Alberto (1985), "Sectoros populares, participación y democracia: el caso de Buenos Aires", en: *Pensamiento Iberoamericano*, 7, Madrid.
- (1986), *Libros baratos y cultura de los sectores populares*, Buenos Aires, CISEA.
- SABATO, Hilda (1985), "La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850-1880", en: *Desarrollo Económico*, núm. 96, vol. 24, Buenos Aires.
- SARLO, Beatriz (1985), *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos.
- SURIANO, Juan (1984), "La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires", en: *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires, Biblioteca de Ciencias Sociales, CLACSO.
- y GUTIÉRREZ, Leandro (1985), "Vivienda, política y condiciones de vida de los sectores populares. Buenos Aires 1880-1930", en: *La vivienda en Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.
- TORRE, Juan C. (1974), "La caída de Luis Gay", en: *Todo es Historia*, núm. 89, Buenos Aires.
- (1976), "La CGT y el 17 de octubre de 1945", en: *Todo es Historia*, núm. 105, Buenos Aires.
- (1983), *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1986*, Buenos Aires, CEAL.
- YUJNOVSKY, Oscar (1974), "Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914", en: *Desarrollo Económico*, núm. 54, vol. 14, Buenos Aires.

## CAUDILLOS Y CAUDILLISMO. LA PRESENTACIÓN DEL TEMA EN LOS LIBROS ESCOLARES LATINOAMERICANOS DE HISTORIA

MICHAEL RIEKENBERG

COMO POCAS FIGURAS de líderes políticos, el caudillo latinoamericano se presta a estimular nuestra imaginación. Así, se cuenta que Juan Manuel de Rosas se aseguraba la lealtad de su escolta de gauchos demostrándoles su intrepidez en sangrientos juegos de caballería. Del mismo modo, se presenta a los caudillos como personas capaces de cautivar a las masas mediante su palabra, sus gestos y su apostura. Por otra parte, esas figuras plantean diversos interrogantes, como por ejemplo, si la del caudillo es sólo una idea tipificada en la cual se concentran rasgos grotescos y de comedia, como los que de todos modos le son inherentes a la política; cuán real es la imagen del caudillo y, finalmente, cómo los propios latinoamericanos ven a "sus" caudillos.<sup>1</sup>

Este texto se refiere a estos interrogantes. Se hace primero una descripción y valoración de los caudillos y del caudillismo tal como aparece en los libros latinoamericanos escolares de historia. Se contrasta luego esta descripción con los conocimientos científicos en la materia, para comprobar si la historiografía presente en los libros escolares difunde ideas tipificadas viejas o nuevas, por qué motivos ocurre esto, y cómo se relacionan estas ideas con las discusiones científicas sobre el caudillismo.

### UN EJEMPLO

En el año 1959, impulsado por el deseo de fomentar y encauzar la lealtad y la conciencia nacional de los ciudadanos adolescentes, el Estado mexicano editó masivamente libros escolares de historia y realizó una distribución gratuita de ellos en las escuelas nacionales. El uso de los mismos era obligatorio. En un concurso abierto, realizado para seleccionarlos, salió elegido para el cuarto año el libro escrito por la profesora C. Barrón de Morán, que fue publicado por primera vez en 1960, en el que se presenta lo que por entonces era una perspectiva oficial de la historia.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El que los periódicos usen a menudo el término caudillismo al describir la política actual en Latinoamérica podría explicarse en tanto que lo pintoresco que le es inherente al caudillo le viene muy bien a los reportajes sobre Latinoamérica. Véase J. Wilke/S. Quandt (comps.), *Deutschland und Lateinamerika. Imagebildung und Informationslage*, Frankfurt, 1987.

<sup>2</sup> Véase J. Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*, México, 1970, p. 247.

Ese libro muestra claramente una interpretación patriótica de la historia, que apela abiertamente a la afectividad y a las necesidades de identificación de los alumnos, tratando de instrumentalizarlas para crear una concepción cerrada de la historia, que no deje lugar para la reflexión. En ese texto, la figura del caudillo aparece como absolutamente positiva. El caudillo es una figura patética y heroica a la vez. Con tales características, aparece en sólo dos períodos de la historia moderna de México; en la independencia, en la figura de su "padre", el caudillo Miguel Hidalgo, y en la Revolución Mexicana de 1910-1917, por ejemplo en las personas de Francisco Villa o Emiliano Zapata. En la narración de la historia mexicana entre 1821 y 1910, por el contrario, no se emplea el término caudillo o caudillismo. Esto sucede también cuando se explican configuraciones sociopolíticas que en la historiografía son usualmente presentadas como configuraciones caudillescas. Así, por ejemplo, con motivo de la guerra de 1847 con Estados Unidos, se habla del conflicto interno originado en la "ambición y pasiones personales" de las figuras de poder locales, pero no se menciona la palabra caudillo.<sup>3</sup>

Si comparamos ese libro con los nuevos libros escolares de la serie "Ciencias Sociales" que el Ministerio de Educación mexicano ha publicado desde comienzos de los años setenta, se puede constatar que en ellos el término caudillismo ha sido desechado de manera significativa. Este término se usa apenas para describir los hechos de la independencia, refiriéndose a las hazañas de guerra de los "caudillos insurgentes"<sup>4</sup> y se omite completamente cuando se trata el tema de la revolución de 1910-1917. Las monografías regionales, publicadas desde 1988 también por el Ministerio de Educación, constituyen la única excepción a esto. En el tomo que versa sobre el Estado de Morelos, lugar de origen de Zapata, se le sigue llamando caudillo.<sup>5</sup> Es interesante señalar que este término se introduce (en la detallada descripción de los hechos y experiencias de Zapata) sólo en el momento en el cual se describe su asesinato, o sea cuando se quiere revestir lo narrado con una carga afectiva.

Esto hace suponer que los intentos de crear una identificación regional en México, y que representan una novedad en la interpretación de la historia oficial, están tratando de hacer valer la carga emotiva que en la historiografía de los libros escolares mexicanos es propia del caudillo.

De esta presentación del caudillismo en los libros escolares mexicanos se desprenden una serie de interrogantes e hipótesis que se discutirán a continuación.

En primer lugar, debe señalarse que, a lo largo de un período prolongado de tiempo, caben las más variadas definiciones del caudillismo, y encontrar una definición capaz de ajustarse a esos cambios constituye uno de los aspectos centrales de la interpretación. Por un lado, su definición está sujeta a nociones fundamentales de lo

<sup>3</sup> C. Barrón de Morán, *Historia y civismo. Mi libro de cuarto año*, México, 1960, pp. 53, 58, 94 y 157. Compárese el criterio científico: "... it is clear that caudillaje was central to Mexican history in the two generations following Independence", A. Knight, en: D. A. Brading (comp.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge University Press, 1980, p. 38.

<sup>4</sup> *Ciencias Sociales*. Sexto grado, ed. por la Secretaría de Educación Pública (SEP), México 15ª ed., 1988 (1ª ed., 1973), p. 43.

<sup>5</sup> Véase SEP (ed.), *Morelos*. Monografía estatal, México, 1988, p. 191.



que es el caudillismo en sí; por otro, depende de las funciones políticas y de legitimación de intereses que se le da a la actividad historiográfica. Durante mucho tiempo, la historiografía latinoamericana estuvo consagrada, en primer lugar, a la necesidad de constituir una tradición nacional;<sup>6</sup> desde un comienzo se vio confrontada con la dificultad de integrar el caudillismo en el cuadro del proceso de nacionalización (ya en 1845, el argentino Domingo Faustino Sarmiento contrapuso —en su *Facundo*— el caudillismo, entendido como expresión de la barbarie rural, con la civilización urbana, de carácter europeo). Se planteaba el interrogante de cómo el caudillismo, apartándose aparentemente del ideal de cohesión nacional y modernización social, se podía insertar en la continuidad de la historia y del desarrollo nacional. El problema se complica aun más ya que en la historia argentina fue un caudillo (Juan Manuel de Rosas) quien logró controlar las fuerzas centrífugas del interior, como si funcionara como la fuerza de gravedad, tal como conceden de mala gana algunos de sus contemporáneos, como por ejemplo Juan Bautista Alberdi.<sup>7</sup> A la luz de estas preguntas habría que realizar un esquema de cómo los libros escolares de distintos países valoran el caudillismo.

En los libros mexicanos se le da al término un uso cada vez más restrictivo. Sería interesante saber si este caso se presenta en los libros escolares de historia de otros países, y si es parte de una tendencia general en América Latina, y cuáles son sus posibles causas. La razón de esta tendencia en México se encuentra en la nueva generación de libros escolares de los años setenta, escritos bajo la dirección y con la colaboración de científicos del área. Estos trataron de tomar en cuenta, en el estudio de la historia, los procesos de cambio en la estructura social, a través de perspectivas de análisis sociohistóricas, y también modelos de explicación teórica, como la teoría de la dependencia. Disminuyó así la importancia de la interpretación de la historia tradicionalmente centrada en las personas, que se apoyaba en la presentación de la figura del caudillo como uno de los ejes centrales del proceso histórico nacional.

Más aun, con la tendencia dominante en México de no valerse del término caudillismo en la descripción de la historia nacional, se manifiesta una cierta inseguridad en cuanto al valor científico de este término.<sup>8</sup> La variedad de figuras o sistemas caudillísticos en Latinoamérica hace muy difícil una definición clara y una deli-

<sup>6</sup> H. Pietschmann dice limitándolo en "Lateinamerikanische Geschichte als Historische Teildisziplin", en *HZ*, t. 248, 1989, p. 308, que "aún faltan presentaciones globales históricas de la historiografía de Latinoamérica". Acerca del rol de "nacionalizar" de la historiografía latinoamericana en el siglo XIX, véase Colmenares G., *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, 1987. Acerca de un cambio histórico social más radical en las historiografías de determinados países latinoamericanos después de aproximadamente 1950, véase Chaunú P. "L'Amérique Latine. Les grandes lignes de la production historique (1950-1962)", en: *Revue Historique*, t. CCXXXII (1964).

<sup>7</sup> Esta pregunta fue de una importancia fundamental en el debate del revisionismo en Argentina. Sobre su relación en los libros escolares véase, por ejemplo, J. A. Bustínza, *Historia. Argentina 1820, Argentina hoy*. Segundo año de educación media. Buenos Aires, 1988, p. 3, donde dice que al caudillismo se le valoró injustamente como mera expresión del "particularismo regional". Acerca de Rosas mismo, véase J. Lynch, *Argentine Dictator. Juan Manuel de Rosas 1829-1852*, Oxford, 1981.

<sup>8</sup> Que la palabra "caudillismo" no aparezca en absoluto en los libros, puede deberse a que los historiadores sudamericanos hayan prescindido de su uso. (Información otorgada por la profesora J. Z. Vázquez, El Colegio de México).

mitación del término, y esto es más complicado aun si se tiene en cuenta que el caudillo es una figura que también aparece en la historia de España.<sup>9</sup>

Cabe preguntarse entonces si resulta oportuno renunciar en la historiografía de los libros escolares a un término que, aunque común en la ciencia, es muy discutido. Más aun, cabe interrogarse sobre si la renuncia al término no significa dejar de señalar y llamar la atención sobre condiciones y rasgos "caudillescos". Debo señalar que aquí aparece un importante problema de método. Actualmente es difícil decir si los autores de libros escolares escriben sobre caudillos o caudillismo, o lo que es más importante para el análisis de libros escolares, si a los estudiantes les es posible asociar sucesos narrados con este fenómeno cuando no se emplea el término. En todo caso, queda claro que la relación entre la historiografía de los libros escolares y las ciencias históricas no deja de ser problemática. No debemos dejar de mencionar que aquí posiblemente se está clausurando la posibilidad, importante didácticamente, de permitir que los estudiantes se familiaricen con las dificultades de la creación de términos históricos. Por ende, se impide un aprendizaje basado en la comparación y el contraste. Obviamente, si uno se quiere liberar de una terminología estereotipada que despierta asociaciones no deseadas, queda claro que no es posible describir el fenómeno del caudillismo sin el uso de la teoría. Cabría entonces preguntarse cuáles son las premisas teóricas o proposiciones con que se rige la historiografía de libros escolares —aunque sea sólo implícitamente— cuando se dedica a presentar al caudillismo. Además, se debería indagar hasta qué punto esta historiografía refleja el nivel de conocimiento científico actual.

#### POSIBILIDADES DE PERIODIZACIÓN

En los libros chilenos es donde el caudillismo sufre la limitación temporal más nítida, pues aparece en la historia nacional como un corto *intermezzo*. Su duración se reduce a la fase "caótica" entre 1810 y la toma del gobierno en 1830 por parte del ministro Portales, quien forzó la institucionalización del gobierno.<sup>10</sup> La tendencia a darle poca importancia al caudillismo se fortalece aun más, en tanto se la presenta como una muestra de arrebato juvenil,<sup>11</sup> que sólo hace peligrar, por corto tiempo, el desarrollo político del país. Dos cosas resultan interesantes. En primer lugar, la tendencia a mostrar al caudillismo como fenómeno marginal de la historia nacional se da como resultado de la mayor estabilidad política de Chile en el siglo XIX, proveniente de una sucesión de gobiernos presidenciales autoritarios. Más allá de eso, y no es mera casualidad, esta forma de presentación concuerda con el ideal o la autoimagen del carácter nacional chileno, según lo describiera Juan Egaña, una de las figuras intelectuales más importantes del país en los comienzos de la República. Para

<sup>9</sup> "Der Begriff des Caudillo entstand in der Zeit der reconquista... (Dann) wurde er auf die den italienischen Kondottieri ähnlichen Konquistadorenführer uebertragen...". G. Kahle, "Diktatur und Militärrherrschaft in Lateinamerika", en: *Zeitschrift für Lateinamerika*, Wien Bd. 19 (1980), p. 20.

<sup>10</sup> W. Millar, *Historia de Chile*, Santiago O. J., p. 221; F. Frías Valenzuela, *Nuevo manual de historia de Chile*, Santiago, 5ª ed., 1988, pp. 254, 264 y ss.

<sup>11</sup> S. Villalobos R. y otros, *Historia de Chile*, t. 3., Santiago, 11ª ed., 1988 (1ª ed., 1974), p. 367: "... la personalidad desenvuelta del joven caudillo...".

aqué, las condiciones climáticas y geográficas de Chile (un argumento del que hablaremos más adelante) serían la causa de la mentalidad tranquila y equilibrada de los chilenos, a quienes les son ajenas las "emociones fuertes".<sup>12</sup> El hábito caudillístico y "el carácter nacional chileno" se excluyen mutuamente, dado que el caudillo es por definición una figura intranquila, espontánea y apasionada. De tal modo, el término caudillismo no se usa en aquellos pasajes de la "historia de Chile" escrita por historiadores que se refieren a las relaciones amistosas, de parentesco y de clientela de la clase alta chilena.<sup>13</sup> Ahora, este libro resulta ser "material didáctico complementario", concebido antes que nada para los últimos años de la escuela y los primeros de la Universidad. De tal modo, como en el caso de México, queda posiblemente documentado que una orientación más científica en el estudio de la historia lleva a un uso más restrictivo del término caudillo.

La presentación del caudillismo en los libros escolares bolivianos se ha separado en dos fases, orientadas hacia la contraposición entre lo "heroico" y lo "bárbaro", tal como lo hacía el historiador Alcides Arguedas a comienzos de este siglo. El modo de presentar el caudillismo en Bolivia se corresponde con el difundido pre-concepto de que este fenómeno recién salió a relucir en el período posterior a la independencia. Por otra parte, se sostuvo también que el caudillismo se convirtió en un sistema que durante el siglo XIX impidió el desarrollo y fue desestabilizador. Los caudillos que durante las guerras de Independencia combatieron en las guerrillas contra los realistas aparecen en los libros como héroes que luchan por la libertad y como figuras de identificación nacional que escriben "una de las páginas más gloriosas en la historia de Bolivia".<sup>14</sup> También las rebeliones indígenas de fines de la época colonial se catalogan como actos caudillísticos de lucha por la libertad.<sup>15</sup> Es notoria la importancia que se le concede —al igual que en los libros mexicanos antiguos— a las tradiciones nacionales de revolución nacional y social. Es probable que existan relaciones estrechas entre esta forma de presentación de la historia y la historia moderna del país, especialmente la Revolución Boliviana de 1952-1964.<sup>16</sup> Esa necesidad de asegurarse su propia historia, proveniente de la época de la revolución, influyó positivamente en la reproducción del caudillo. El libro de Vázquez Machicado, publicado por primera vez en 1958, valora la discutida figura del caudillo Belzú, tanto respecto de su actuación para mantener la soberanía boliviana como de la ayuda que diera a los procesos de reforma social.<sup>17</sup> En la segunda mitad del siglo XIX el

<sup>12</sup> Citado en R. Krebs, *Orígenes de la conciencia nacional chilena*, en: *Lateinamerikanische Forschungen*, t. 13, 1984, p. 114.

<sup>13</sup> Villalobos, a.a.o., p. 449: "Todo se manejaba en el círculo estrecho de los parientes y amigos". Sobre relaciones de clientela en comparación cerrada y estrechamente emparentada con la clase alta chilena, véase también I. Buisson/H. Schottelius, *Die Unabhaengigkeitsbewegungen in Lateinamerika 1788-1826*, Stuttgart, 1980, p. 179.

<sup>14</sup> A. Parejas Moreno, *Historia del hombre*. Estudios sociales, segundo curso medio, La Paz, 1978, p. 198.

<sup>15</sup> Por ejemplo F. Sanabria, *Calendario cívico-histórico boliviano*, La Paz, 1987, p. 106, sobre el caudillo Aymara Tupaj Katari.

<sup>16</sup> Véase I. Wolff, *Geschichtsverstaendnis und Nationalismus in der bolivianischen Revolution*, en *JBLA*, t. 4, 1967.

<sup>17</sup> H. Vázquez Machicado et al., *Manual de Historia de Bolivia*, La Paz, 2ª ed., 1963, p. 340: "Belzú... sabíase odiado cordialmente por las clases altas y por los extranjeros que hacían causa común con ellas".

caudillismo se vuelve disfuncional para el proceso de desarrollo nacional. Los diversos libros de enseñanza señalan distintos datos, interpretando el derrocamiento del gobierno de Ballivián en 1847 o la asunción del cargo por Melgarejo en 1864, como el comienzo del dominio de los "caudillos dictadores".<sup>18</sup> La guerra con Chile aparece por lo común como una forma de catarsis nacional ya que, habiendo demostrado la necesidad de una cohesión social y una modernización, llevó al mismo tiempo a la ruina al caudillismo.

En los libros ecuatorianos se puede apreciar un cambio de perspectiva interesante. Los libros más antiguos comparten la visión heroica de los caudillos de la independencia. Aquí se encuentra la construcción de una tradición muy duradera de emancipación nacional, en forma aun más pronunciada que en los libros bolivianos. Así, Navas Jiménez estudió la rebelión del "caudillo" Gonzalo Pizarro, después de 1544 bajo el título "La revolución de los encomenderos", incluida en el capítulo "La independencia". García González declaró al cacique indio Rumiñahui el "primer mártir de nuestra independencia"<sup>19</sup> debido a la resistencia que opuso a los españoles a principios del siglo XVI. Se observa la intención de preparar la historia para su objetivo final: la independencia. Por el contrario, la serie de libros escolares LNS, cuyos primeros tomos fueron publicados en 1988 y compilados por una comisión del Ministerio de Educación, interpreta el caudillismo como un fenómeno arcaico. El caudillo nace "para vivir siempre al borde del peligro, siempre luchando y, en la lucha, hay que vencer o morir".<sup>20</sup> Esta revalorización del caudillo denota un cambio en los criterios, que como pautas normativas orientan la historiografía. Esto puede observarse también en las tapas de los libros. Mientras que en la tapa del libro escolar de Navas Jiménez salen impresos indios guerreros y conquistadores marciales, señalando así que la identidad nacional se creará a partir de la herencia colonial de la sociedad y del encuentro entre españoles e indios, en la tapa de la serie LNS se muestra un astronauta flotando en el espacio. En esta figura la historia se orienta hacia una concepción del progreso basada en el futuro, en la cual no está implicado el caudillismo. El hecho de que sean especialmente los libros ecuatorianos los que conceden al caudillismo (en forma de "velazquismo") una influencia social y política inmensa en la historia moderna, sólo parece ser una paradoja que encaja en el cuadro. Esto se debe justamente a que la actualidad constante del caudillismo hace aun más importante subrayar y hacer resaltar el componente arcaico y de inhibición del desarrollo del mismo.

#### LA FENOMENOLOGÍA DEL CAUDILLISMO

Los tres casos de historiografía nacional de libros escolares expuestos ponen en claro que al caudillo o al caudillismo se le atribuyen las fases de desarrollo socio-político más diversas, que pueden comprender desde comienzos del siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XX. En vista de la heterogeneidad y variedad de las figuras

<sup>18</sup> J. M. Barnadas, *Historia. Edad contemporánea. Bolivia Republicana*, La Paz, 9ª ed., 1987, p. 101.

<sup>19</sup> Navas Jiménez, *Historia, Geografía, Cívica. Segundo curso*, Quito, 1988 (NA), p. 79, L. García González, *Resumen de historia y geografía. Primer curso del ciclo básico*, Quito, 11ª ed., s. inf., p. 191.

<sup>20</sup> Colección LNS en Ciencias Sociales, tercer curso, Cuenca, 1988, p. 256.

caudillescas, es imposible hablar de una figura típica e ideal<sup>21</sup> para todos los libros escolares.

Esta heterogeneidad que caracteriza la presentación del caudillismo no solamente muestra que a los caudillos se les pueden atribuir las funciones más diversas, de lo cual se hablará más adelante, sino que indica principalmente que los libros escolares no brindan un modelo de explicación uniforme del caudillismo, ni explicaciones generales del fenómeno que se puedan ilustrar con ejemplos. Esto no quiere decir que los libros escolares omitan por completo el uso de la teoría, aunque haya casos como los libros mexicanos o los bolivianos más antiguos en los que el caudillo es simplemente el héroe de los períodos de cambio revolucionario. Las explicaciones de la génesis, estructura o función del caudillismo a las cuales recurren los libros escolares son más bien fragmentos o acordes de una teoría, más que modelos delimitados y, por otra parte, no son explicitados; en otras palabras, no son asequibles a los estudiantes a través de la reflexión.

Los siguientes modelos de argumentación pueden ser distinguidos en los libros escolares como fragmentos de explicación:

a) *Determinación climática-geográfica del caudillismo.* Esta idea la hallamos anteriormente en el caso de Chile, sólo que en términos opuestos. El historiador venezolano Vallenilla Lanz ha plasmado ejemplarmente este modelo, que tiene una larga tradición en el pensamiento científico y se remonta hasta la antigüedad. Dicho autor describió el ambiente de las pampas argentinas y de los llanos venezolanos y argumentó —al igual que un gran número de científicos latinoamericanos— que la vida libre y seminómada de las poblaciones de esos lugares facilitó la creación de figuras y mitos caudillescos.<sup>22</sup> En los libros escolares argentinos y venezolanos se adopta esta imagen, y más aun se la acentúa unilateralmente. Así como en los libros se observa una tendencia a personalizar la historia, también en las presentaciones de libros escolares se pone énfasis en la psicologización de los medios caudillescos y de los caudillos mismos. Por ejemplo, sobre el caudillo venezolano José Tomás Boves (1770-1814), se ha dicho: “su temeridad, salvajismo y energía hicieron de Boves el líder ideal de los llaneros incultos y semi-salvajes”.<sup>23</sup>

Similar es el caso de los libros argentinos. Las condiciones de vida de los gauchos no son analizadas y descritas bajo un cuestionamiento históricossocial, sino que, bajo la influencia del romanticismo argentino, se convierten en mitología.<sup>24</sup> La forma de vida seminómada tiene sobre todo efectos mentales, que a diferencia del caso venezolano<sup>25</sup> contiene una valoración positiva y habría tenido efectos políticos

<sup>21</sup> Véase también J. J. Johnson, *The military and society in Latin America*, Stanford University Press, 1964, p. 40: “The varieties of civilian caudillos ... were so numerous that it is virtually impossible to find a common denominator for them”.

<sup>22</sup> L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, Caracas, 4ª ed., 1961 (1ª ed., 1919), pp. 156, 164 nota 2.

<sup>23</sup> E. Peña, *Historia de Venezuela para el cuarto grado*, Caracas, 1971, p. 73.

<sup>24</sup> Véase también R. Krebs, “Nationale Staatenbildung und Wandlungen des Nationalbewusstseins in Lateinamerika”, en: T. Schieder (comp.), *Staatsgründung und Nationalitätsprinzip*, München/Wien, 1974, p. 179.

<sup>25</sup> La anotación de Boves se convirtió en un tópico de la historiografía venezolana, véase G. Carreras Damas, *Boves. Aspectos socio-económicos de su acción histórica*, Caracas, 2ª ed., 1968. Libros escolares más recientes objetivan la presentación de Boves.

sobre el "incontenible anhelo de libertad"<sup>26</sup> de los gauchos. En ese contexto llegan claramente acusaciones a una crítica cultural romántica: el gaucho es un "elemento díscolo, pero libre..., dueño de su destino, valiente hasta la temeridad, observador de un código de honor elemental, hospitalario, generoso y noble".<sup>27</sup> Un cuadro, por lo demás, sacado del folklore. El héroe caudillesco de la independencia, paradigmáticamente personificado en la figura de Martín de Güemes, reproduce como "caudillo gaucho" estas disposiciones psíquicas y mentales.

Habría entonces que señalar dos cosas: la visión crítico cultural romántica de la identidad nacional y la idealización del gaucho y del caudillo que traía como consecuencia. Esto constituía una reacción a los tremendos movimientos de inmigración europea que sólo en aquel momento le dieron una actualidad palpitante a la pregunta sobre la "argentinidad". Esta problemática no sólo se refleja en el discurso de la historiografía, sino también en el contexto de gestación de los libros escolares.<sup>28</sup> Este modo de encarar el tema parece ser una burla a las exigencias de una observación histórico crítica. Frases tales como que Güemes era sólo el ejecutor de la voluntad del "sentir incorrupto de un pueblo que nunca se rendiría",<sup>29</sup> y que su batalla de defensa en contra de los realistas expresaba "el tono épico de la gran obra heroica",<sup>30</sup> no muestra en su intención narrativa ninguna diferencia con el código restringido de la historiografía trivial.<sup>31</sup> En definitiva, para completar la argumentación, hay que mencionar que la identidad del gaucho y del caudillo que se presenta en los libros contradice la realidad histórica, ya que Güemes fue un descendiente de la élite de "estancieros" que en la provincia de Salta se mantuvo unida por relaciones de parentesco.<sup>32</sup>

En Argentina, el debate sobre el caudillismo es realmente abundante, y es cierto que el revisionismo histórico reconoce los más dispares motivos. No obstante eso, quisiera enfatizar que el estudio del caudillismo estuvo ligado estrechamente a

<sup>26</sup> L. Gianello, *Historia de las instituciones políticas y sociales argentinas*, Quinto año del secundario, Buenos Aires, 3ª ed., 1967, p. 41. También describe los "nuevos matices psicológicos" de los gauchos.

<sup>27</sup> J. C. Astolfi, *Curso de Historia Argentina*, Buenos Aires, 11ª ed., 1965 (1ª ed., 1949), p. 68.

<sup>28</sup> El afamado autor de libros escolares José R. Millán exigió en un reportaje que le hiciera el diario *La Gaceta*, Tucumán, del 26/4/1944, que sólo a los argentinos nativos se les permita escribir libros escolares.

<sup>29</sup> J. C. Ibáñez, *Historia Argentina*, Buenos Aires, 2ª ed., 1979 (1ª ed., 1961), p. 227.

<sup>30</sup> J. B. Llado u. a., *Historia. La Edad Moderna*, segundo año del ciclo básico, Buenos Aires, 3ª ed., 1986 (1ª ed., 1982), p. 451.

<sup>31</sup> Compárese el artículo de M. Alba Güemes, "El señor gaucho", en el periódico ilustrado *Aquí está*, con fecha 22/6/1944, que presenta una biografía de Güemes llena de ideas tipificadas. Un extracto de un diálogo ficticio del joven Güemes con su madre: "... Y yo también pelearé con los indios? Y la madre, que no sabe nada a ciencia cierta, pero que adivina los nubarrones de tormenta que se ciemen sobre el cielo de América, que intuye que a su hijo le tocará vivir años de gesta... que sabe que hay en las venas del muchacho sangre de pelea, contesta... —También pelearás, Martín!"

<sup>32</sup> Compárese J. Lynch, "Los caudillos como agentes del orden social: Venezuela y Argentina 1820-1850", en: A. Annino y otros ed., *América Latina. Dallo stato coloniale allo stato nazione*, Milán, 1987, p. 483. Una diferenciación clara entre el caudillo y el gaucho se encuentra en el libro escolar de N. J. Pisano, *Historia Argentina. Tercer año del ciclo básico*, Buenos Aires, 15ª ed., 1969 (1ª ed., 1954), p. 264: "Caudillo era el propietario de estancias que proporcionaba trabajo y aseguraba la vida y el sustento a los gauchos, como lo fue Rosas desde 1820, o el jefe militar que los organizaba y administraba las rentas con justicia, como fueron Güemes y Estanislao López...".

las cuestiones planteadas por el desarrollo sociopolítico del país. Habría que mencionar en ese conjunto la reivindicación de los caudillos provinciales, la reconsideración del papel que ellos jugaron frente a la dependencia externa, o el elogio de su capacidad de disciplinar a las masas. En otras palabras, por lo general las diferencias corrientes de la historiografía argentina —sean “liberales” o “revisionistas”— eran adictas a tratar la función política de los caudillos con el fin de trazar o de rechazar genealogías.

Mientras que el debate sobre el caudillismo era sometido al análisis de la función política de los caudillos, reflejando al mismo tiempo las controversias políticas de la actualidad, se desatendió el análisis de la génesis del caudillismo, o sea de las estructuras sociales y culturales, las cuales son inherentes al caudillismo en el nivel temporal de la *longue durée*. La aplicación de nuevos enfoques psicológicos (José Ingenieros) o económicos (los hermanos Irazusta) para analizar el ambiente caudillesco quedó limitada porque sus protagonistas no poseían los instrumentos necesarios para incluir realmente tales cuestiones en sus investigaciones.

No se puede atribuir tales deficiencias del trabajo histórico, en su afán de internarse en la historia política, sólo a las influencias de la historiografía europea del siglo XIX; habría que mencionar que la historiografía argentina tenía su propio ritmo de desarrollo. Merece ser destacado un ejemplo: la conversión del gaucho en un verdadero arquetipo nacional, que se produjo en las dos primeras décadas de nuestro siglo, transformando las imágenes históricas de la cultura popular en la imagen oficial de la historia. Al mismo tiempo, y ante el trasfondo de una creciente fragmentación social, fue necesario no solamente modificar la percepción del gaucho sino también elaborar, más allá, una contrafigura a la cual se atribuyen ciertas características, como por ejemplo la relación simbiótica con las masas y especialmente la capacidad de disciplinar a las turbas. Así surgió una amalgama de gaucho/caudillo, que sirvió —como vemos en el libro de texto escrito más tarde por Astolfi— como un proyecto de cohesión nacional. De tal manera el romanticismo criollesco al inicio de nuestro siglo no solamente fue muy favorable con respecto a la revisión de la imagen del caudillo, sino que al mismo tiempo forzó una tónica aristocrática que era inherente al debate sobre el caudillismo, al menos hasta los años cincuenta.

Frente a la pugna de las diferentes corrientes políticas, cada una de las cuales recurría a referencias parciales al pasado para legitimar la propia actitud política, los libros de texto actuaban igualmente trazando o rechazando genealogías. Merece ser destacado que los libros de texto (aunque con raras excepciones, como por ejemplo la *Historia Argentina* escrita por Julio Cobos Daract en 1920) operaron dentro del paradigma de la historiografía clásica-liberal. Hasta el presente no se ha explicado satisfactoriamente este fenómeno.

b) *El carisma*. Este término constituye una de las categorías centrales de la teoría sociológica del poder de Max Weber. Según su concepción, el carisma es una forma posible de legitimación del poder y en ese sentido es como lo tomó la historiografía en Latinoamérica para explicar el desarrollo de situaciones de poder del caudillo sobre el trasfondo de una débil institucionalización política general, y el vacío de legitimación del poder político que se gestó después de 1808. Kalhe representó esta opi-

nión en forma muy concisa diciendo que el carisma "es la característica más importante del caudillo".<sup>33</sup>

En los libros escolares los autores proceden de tal manera que describen el tema haciendo alusión, primeramente, a la situación anárquica o "caótica", producto del proceso de independencia y, en segundo lugar, subrayando las cualidades carismáticas de las figuras caudillescas.<sup>34</sup> De tal modo se evita hacer alusión explícita o ilustrativa a la teoría de Weber. Más bien se suman los componentes carismáticos a la lista de características personales del caudillo, cosa que hace que, como en el modelo de interpretación climático-geográfico, el armazón explicativo prácticamente se psicologice.

c) *El aspecto de la violencia.* Nuevamente se interpreta al caudillo más como tipo psicológico que como tipo histórico-social. El acto de violencia aparece como una característica más de la personalidad del caudillo; en otras palabras, deriva de su carácter independiente, "salvaje", o de una pretendida tendencia a la crueldad. Esta figura se encuentra paradigmáticamente ejemplificada en el cuadro que presenta Boves. Sin embargo, por otro lado, se omite hacer una descripción de las situaciones sociopolíticas que podrían haber provocado violencia. Como ejemplo documentado está la dificultad de proveer de una logística correspondiente a las tropas que lucharon en las guerras de independencia y civiles.<sup>35</sup>

d) *Regionalismo.* En una serie de casos el término caudillo sólo aparece si está adjetivado: "caudillo federal", o "caudillo de las provincias".<sup>36</sup> El caudillo aparece así, por definición, como una figura regional, por ejemplo, como representante de los intereses de oligarquías locales en el interior del país. Esto puede hallarse mucho en los libros argentinos que consideran a Rosas en general dentro de este cuadro, tratándolo de "caudillo federal". Eso implica que la influencia caudillesca pierde fuerza a medida que el gobierno central consolida su poder, o que el Estado Nacional triunfa sobre los intereses parciales. El caudillo goza aun de mayor colorido local en tanto que —de acuerdo con un tópico difundido en la historiografía de libros escolares— posee un conocimiento exacto, íntimo y hasta a veces "intuitivo" de las personas que viven en "su" provincia, región, etc. Este conocimiento cabal de la "mentalidad local"<sup>37</sup> le ha permitido disponer de lealtades especiales, de seguidores fieles. La tendencia de la historiografía de libros escolares a poner énfasis en la psicología se

<sup>33</sup> Kahle, *op. cit.*, p. 20.: R. Ebeño, J. Alexander, "Caudillos, coroneles and political bosses in Latin America", en: T. V. Di Bacco (comp.), *Presidential power in Latin American politics*, Nueva York-Londres, 1977, p. 3: "The caudillo was essentially a charismatic figure".

<sup>34</sup> Astolfi, *op. cit.*, p. 164, habla del "prestigio personal" de los caudillos. En el libro de la Edición Bruno, *Historia del Perú*, tercer año de secundaria, Lima, s. f., p. 127, dice que el caudillo podía "electrizar" a las masas con un solo gesto. F. Giebel, *Lecciones de historia de Bolivia*, La Paz, 1968, p. 146, habla de la adoración religiosa de los seguidores para con el caudillo.

<sup>35</sup> J. Lynch, "Los caudillos de la independencia", en: *Latinamerika Forschungen*, t. 13, 1984, p. 204: "El pillaje fue una característica del sistema caudillesco, una manera de hacer la guerra empleada por ambos lados a falta de recursos regulares."

<sup>36</sup> J. R. Millán, *Compendio de Historia Universal*, Buenos Aires, 2ª ed., 1986 (1ª ed., 1964), p. 221.

<sup>37</sup> J. Lynch, *Caudillos como agentes*, cit., p. 482: "El caudillo fue un jefe regional, que derivaba su poder del control que ejercía sobre los recursos locales, especialmente de las haciendas, las cuales le daban acceso a hombres y abastecimientos".



hace presente en tanto que los libros escolares aluden en contadas ocasiones al trasfondo socioeconómico que dio fundamento al poder local del caudillo.

#### LA RELACIÓN ENTRE LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS LIBROS ESCOLARES Y LA CIENCIA HISTÓRICA

En líneas generales, puede decirse que los libros de texto prácticamente no documentan las problemáticas que plantea la discusión científica. Primeramente llama la atención el que los libros escolares tiendan a una personalización, o más bien a tratar la psicología de esta figura. En otras palabras los libros no se refieren al caudillismo sino sólo a los caudillos.

La historiografía de los libros de texto parece no guiarse por los conocimientos científicos sino más bien por factores e intereses extracientíficos basados en la necesidad política de formar una tradición nacional y de brindarle legitimación. De este modo el caudillo puede ser integrado en el cuadro de la nacionalización como un héroe en la lucha por la independencia o bien puede verse como un antihéroe fuera de todo esto. Esto es lo que decide cómo ha de presentarse al caudillo; o sea si su "apasionamiento", por ejemplo, se considera como parte de su carisma y se valora, o si se condena como muestra de su disposición a la violencia. Tales formas de presentarlo también dependen de las perspectivas desde las cuales se observe la historia. Recuérdese, por ejemplo, la autoimagen del carácter nacional chileno, o la serie de libros ecuatorianos LNS, que documentan la autopercepción de tal forma que la pertenencia a una sociedad guiada por las tradiciones lleva a ver al caudillismo como manifestación de subdesarrollo. Al fin y al cabo, la manera de percibir de un país también tiene que ver con su cultura política. No sería pura casualidad si los países que han vivido una revolución, como México y Bolivia, agregan el caudillismo a sus tradiciones revolucionarias, mientras que los países en los cuales las estructuras tradicionales fueron o son de tanta duración como el Ecuador o América Central —salvo Costa Rica y Nicaragua— hacen hincapié y critican los componentes arcaicos y autoritarios del caudillismo.<sup>38</sup>

Esta variedad de presentación del tema que encontramos en la historiografía de los libros escolares tiene su verdadero trasfondo en que el caudillismo latinoamericano es un fenómeno complejo, heterogéneo y llamativo. Los caudillos cambian su presentación y el sistema caudillesco muda su estructura y función en las diversas fases históricas y según el contexto político y social. La ciencia ha intentado ordenar esa variedad por medio de las tipologías. Puhle, por ejemplo, distinguió en 1971 entre el tipo de caudillo autócrata-riguroso y el aclamado "a lo César"; el primero es la herencia del caciquismo y de la autoridad española, y el segundo de los condottieros italianos, del consulado francés, dependiendo la existencia de uno y otro de la estructura demográfica y económica específica de la región.<sup>39</sup>

<sup>38</sup> En el libro escolar guatemalteco de D. Contreras/H. Carezo, *Historia de Centroamérica para la educación primaria*, Guatemala, 2ª ed., 1987, p. 115, se condena al caudillismo como un precursor directo de las dictaduras militares actuales.

<sup>39</sup> H. J. Puhle, *Sehnsucht nach Revolution*, en: K. Lindenberg (comp.), *Politik in Lateinamerika*, Hannover, 1971, p. 17.

La discusión científica en torno de la explicación del caudillismo fue y sigue siendo tan compleja como el fenómeno mismo. Para el autor de libros escolares (así como para el estudiante) podría ser una ayuda para su orientación el clasificar someramente las afirmaciones científicas según el momento de la duración de fenómenos o procesos históricos en que se sitúan las propiedades de la estructura caudillesca. Al parecer, se gesta un caudillo concreto o un sistema caudillesco siempre luego de una interrelación específica entre tradiciones de larga duración (que pueden ser comprendidas como requisito potencial o germen del caudillismo), y desarrollos que impulsaban su carrera y le daban al caudillo su propio carácter. Así, para Moreno, el caudillismo es tanto un “fenómeno cultural”, que ha de ser entendido en término de “tradiciones colectivas y modelos de comportamientos”, como una forma de organización política, que cobra su fuerza recién a partir de la necesidad concreta de compensar la pérdida del “símbolo del autoritarismo institucionalizado” (Corona) por situaciones de señorío personalizado, para “controlar las fuerzas políticas” liberadas.<sup>40</sup> Con esto se le confiere al caudillismo una función “positiva”, que domina y canaliza el “caos” en el proceso de crear un Estado y tornarse una Nación. Puhle formuló esto diciendo que el caudillismo “fue la institución para la estructuración de un momento anarquista”.<sup>41</sup> Lynch, por su parte, alude en su argumentación (que destaca la problemática de los procesos sociales de cambio después de 1808) a que el movimiento de independencia también fue un “vehículo de protesta social” que hizo al cuestionamiento de los medios a través de los cuales la élite criolla pudo mantener su poder y su control de la situación. Ante tal trasfondo, el caudillismo se habría prestado como elemento estabilizador, o sea de control de la “insubordinación” de las masas, para lo cual las instituciones políticas no estaban preparadas, ni lo estarían por un tiempo más.<sup>42</sup>

Si buscamos la línea de la tradición de largo plazo del caudillismo, habría que remontarse a la *Spanish Connection*, que tiene sus influencias en el territorio latinoamericano, entre otros, a través de impulsos intelectuales de los conquistadores del siglo XVI.<sup>43</sup> Allí se formó, durante el período colonial y también como un proceso de larga duración, una línea de continuidad de fenómenos caudillescos o semicaudillescos que se basaba en la difusión “de una red compleja de relaciones de clientela” que era procurada por relaciones de parentesco, dependencias económicas o bandas constituidas religiosamente.<sup>44</sup> Las relaciones de auxilio mutuo y lealtad que se formaban en las haciendas, podrían ser consideradas fenómenos de duración media, dependiendo de coyunturas económicas, cambio de propietario, etc. Lynch denominaba a esto “estructura política primitiva”, tal cual se daba en la hacienda, y en la que el patrón actuaba tanto de agente de prevención, de protección frente a su “peonada”, como de “modelo de caudillismo”. De igual manera, Waldman se refiere al

<sup>40</sup> F. J. Moreno, “Caudillismo: An interpretation of its origins in Chile”, en: Ders/B. Mitrani (comp.), *Conflict and violence in Latin American Politics*, Nueva York, 1971, p. 38.

<sup>41</sup> Puhle, *Sehnsucht*, cit., p. 17.

<sup>42</sup> Lynch, *Caudillos como agentes*, cit., pp. 484, 489, 490 y 495.

<sup>43</sup> Compárese R. M. Moorse, *Towards a theory of Spanish American Government*, vol. 1, Austin and London, 1967.

<sup>44</sup> H. Pietschmann, “Lateinamerika. Ein historischer Abriss”, en: H. Wilhelmy u. a., *Lateinamerika*, Stuttgart, etc., 1982, p. 52.

“sustrato perfecto” que se había logrado con la “preponderancia familiar, de clientela y de orientación hacia el grupo primario en una hacienda para que se den las condiciones de señorío caudillesco”.<sup>45</sup> Las élites sociales contaban con funcionarios que eran personas de su confianza. Éstos cumplían la función de estructurar interacciones políticas frente a la flaqueza o deficiencia de los canales de comunicación institucionalizada. Así, condujeron a la formación de sistemas de relaciones caudillescas y a su propagación también en las zonas urbanas.<sup>46</sup> “Las bandas”, más bien compuestas por grupos sociales empobrecidos, mostraron tener componentes caudillescos, aunque en estos casos debe haber jugado un papel importante la habilidad del jefe, así como su capacidad para prometer o conseguir recompensas suculentas para sus seguidores. A los componentes carismáticos del caudillismo, propios de cada persona y no transmisibles de generación en generación se los podría considerar, al igual que a sus rasgos de violencia, como fenómeno de corta duración. Si bien es cierto que Wolf y Hansen sostienen que el acto de violencia es una propiedad estructural del caudillismo,<sup>47</sup> recién a partir de la destrucción del aparato administrativo colonial y la debilidad creciente del poder institucionalizado, es decir a partir de 1808, se comienza a utilizar la violencia en forma sistemática como medio predominante para solucionar conflictos de interés. Esa tendencia marcial-militar de muchos caudillos que avanzaron como “jefes de guerra” (Lynch) llevó a que en la discusión antigua sobre el caudillismo se usara este término casi como sinónimo de militarismo.<sup>48</sup> Por el contrario hay que constatar que el uso caudillesco de la violencia era una forma personalizada de la misma,<sup>49</sup> y hay que distinguirla entonces de la profesionalización de las instituciones militares, que surgió más tarde.<sup>50</sup>

Finalmente habría que localizar un corto pasaje temporal, en el cual las propiedades estructurales caudillescas se dinamizaban, o más bien se concretaban como “histerias de masas”: situaciones en las cuales el caudillo podía crear relaciones casi religiosas de vasallaje y de subordinación con una connotación afectiva.<sup>51</sup>

El presentar el caudillismo de tal modo, es decir recurriendo a los diferentes períodos en los cuales es posible hallar componentes caudillescos, permite apreciar cuadros concretos y muy diversos del fenómeno. La complejidad del caudillismo

<sup>45</sup> Lynch, *Caudillos de la independencia*, *ibid.*, p. 202, P. Waldman, *Caudillismo als Konstante der politischen Kultur Lateinamerikas?*, en: JBLA, t. 15, 1978, p. 196.

<sup>46</sup> F. Safford, “Bases of political alignment in early republican Spanish America”, en: R. Graham/P. H. Smith (comps.), *New approaches to Latin American History*, Austin and London, 1974, p. 82, habla de las relaciones de los caudillos como “elite of lawyeradministrators”.

<sup>47</sup> E. Wolf/E. Hansen, “Caudillo Politics: An structural analysis”, en: *Comparative Studies in Society and History*, vol. 9, 1966/67, p. 169.

<sup>48</sup> Por ejemplo, E. Lieuwen, *Armas y política en América Latina*, Buenos Aires, 1960, p. 39.

<sup>49</sup> R. L. Gilmore, *Caudillism and militarism in Venezuela, 1810-1910*, Ohio University Press, 1964, p. 47: “Caudillism may be defined as the union of personalism and violence for the conquest of power”. Además H. J. Puhle, *Soziale Ungleichheit*, Bonn, 1982, p. 20, sobre la “confrontación personal e inesperrada” como atributo del caudillismo.

<sup>50</sup> Compárese K. Lindenberg, *Zur politischen Funktion des Militärs in Lateinamerika*, en: Ders. (comp.), *Politik... cit.*

<sup>51</sup> Un ejemplo de ello se da al comienzo de la rebelión de los peones y campesinos en el sudeste de Guatemala en 1838, que estuvo bajo el mando del caudillo Rafael Carrera. Véase M. Riekenberg, “Figurationstypen, Herrschaftsverhältnisse und Verhaltensformung in Guatemala (1791-1944)”, Teil I, en: *Geschichte, Politik und ihre Didaktik*, núm. 16, 1988, p. 126.

tantas veces mencionada se puede explicar si se consideran las distintas duraciones del tiempo histórico. La forma concreta de cada caudillo o del caudillismo depende, entre otras cosas, del contexto social en el cual se forman y crecen, de las fases históricas del desarrollo en que hacen su aparición, y del modo en que se relacionan con cada una de las características estructurales. Sin embargo, el concepto de caudillismo permite distinguirlo de otras figuras que hacen su aparición en la escena histórica, tales como por ejemplo la figura del líder populista del siglo xx, que se mueve dentro de canales institucionalizados de legitimación o de control político. Está claro que es necesario un juego de varios factores y procesos para armar un cuadro que permita hablar de relaciones caudillescas. En caso contrario, la presentación de aspectos o fenómenos aislados, como por ejemplo el carisma, no constituyen requisito suficiente para el desarrollo del caudillismo.

Si comparamos la historiografía de libros escolares con el cuadro expuesto, se verá que las presentaciones de los primeros operan casi exclusivamente en el plano de la corta duración. Esta restricción y diferenciación insuficiente, que es propia de estos libros, trae consigo algunos problemas. En primer lugar se puede decir que la historiografía de libros escolares no está en condiciones ni de describir la continuidad de fenómenos caudillescos ni la efectividad duradera de, por lo menos, algunas de sus características estructurales. En segundo lugar, tampoco está en condiciones de describir la conducta ni sus cambios, ya que en aquellos casos en que hace la prueba el resultado es problemático. La enumeración de figuras caudillescas desde el siglo xvi hasta el siglo xx, que tienen como denominador común disposiciones mentales, muestra, aparentemente, una continuidad en las relaciones caudillescas, pero al mismo tiempo presenta un cuadro histórico estático y repetitivo. Se pierde así perspectiva, puesto que el sistema caudillesco está sujeto a cambios en la estructura social, en su génesis, y en su figura y función, o sea en la posibilidad de visualizar el carácter dinámico del fenómeno caudillesco. Cuando los libros escolares ponen una fecha para marcar la finalización del fenómeno del caudillismo, omiten tratar el problema de la continuidad y subsistencia del mismo (en general, el fin está marcado por la llegada al poder de un presidente, cuyo gobierno está signado por una creciente institucionalización de la dominación). En otras palabras, se puede decir que en los libros de texto se desdibuja la posibilidad de que las ideas de poder y autoridad propias de este fenómeno hayan tenido influencia en las "derivaciones institucionales de estas ideas".<sup>52</sup> La insitucionalización y su tendencia a despersonalizar la dominación, el creciente entrelazamiento intrasocial y la diferenciación funcional de cada uno de los sectores sociales no llevan inevitablemente a una desintegración del caudillismo, aun cuando se observen, seguramente, peculiaridades regionales. De mayor relevancia pareciera ser el poder señalar que los componentes estructurales caudillescos se "modernizan" y al mismo tiempo se adaptan a nuevas situaciones, tal como puede verse en el carisma de líderes populares, que les permite reducir su dependencia de la administración y de grupos de intereses sociales, aunque se las reemplace por relaciones de patrón y cliente a través de grupos profesionalizados.<sup>53</sup>

<sup>52</sup> S. N. Eisenstadt, *Revolution und die Transformation von Gesellschaften*, Opladen, 1982, p. 254. Aun más acentuado puede verse en Puhle, *Sehnsucht*, cit. 17 y 20.

<sup>53</sup> Sobre la caracterización constante de estructuras de poderío a través de relaciones de patrón-cliente, véase A. Strickton/S. M. Greenfield (comps.), *Structure and Process in Latin America*. Patrona-

Aún es discutible la pregunta de hasta qué punto el término caudillismo o su modificación llevan a que el caudillismo como sistema interconectado, o sea cerrado, se desintegre en la continuación de sus características estructurales, que varían en su grado de intensidad y se disuelven. De todas maneras el resultado es que la historiografía de los libros escolares no aprecia en la justa medida ni la complejidad ni la conducta del caudillismo. El caudillo que aparece en los textos escolares es una figura estereotipada a la que se le pueden atribuir diversas funciones, o que se le puede preparar "ideológicamente". El "cambio histórico social" que se puede observar a partir de los años cincuenta en las historiografías de algunos países latinoamericanos y, con mucho retraso, en una cantidad de libros escolares publicados recientemente, no ha logrado ningún cambio fundamental en la historiografía escolar.

---

*ge, Clientage and Power systems*, Albuquerque, 1972. Véase también S. N. Eisenstadt/R. Lemarchand (comps.), *Political clientelism, Patronage and Development*, Beverly Hills/Londres, 1981.



FRONTERA Y RELACIONES FRONTERIZAS EN LA HISTORIOGRAFÍA  
ARGENTINO-CHILENA. A PROPÓSITO DE UN RECIENTE LIBRO  
DE SERGIO VILLALOBOS

RAÚL JOSÉ MANDRINI\*

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS se produjo una renovación profunda en el campo de la investigación sobre la problemática de las relaciones de frontera —y consecuentemente de la sociedad indígena— en los territorios meridionales de Argentina y Chile. Aunque desiguales en intensidad, enfoques e intereses, y muy lejos aún de alcanzar resultados definitivos, tales trabajos comienzan a mostrar la riqueza y las posibilidades de esas temáticas que, en algunos casos, configuraron un terreno virtualmente virgen hasta hace no mucho tiempo.<sup>1</sup>

Como es común en los países de América Latina, esas diferencias y desigualdades en las investigaciones realizadas tienen también que ver con las orientaciones que tales estudios han seguido en cada una de las naciones. En este sentido, y específicamente en la temática referida a las relaciones de frontera, los historiadores chilenos han avanzado bastante más que sus colegas argentinos. A los trabajos pioneros de Alvaro Jara y Mario Góngora, han seguido, en los últimos años, una serie de estudios realizados por un grupo de historiadores y antropólogos chilenos que han modificado sustancialmente las ideas imperantes sobre la vida fronteriza de la Araucanía. En esos trabajos, el nombre de Sergio Villalobos, cuyo reciente libro sobre los pehuenches cordilleranos<sup>2</sup> constituyó el motivo inicial de estos comentarios, ocupa un lugar de significación como impulsor de las nuevas ideas.<sup>3</sup>

\* IEH-UNCPBA, Tandil, Argentina

<sup>1</sup> Las ponencias presentadas en el simposio "Sociedad indígena y relaciones fronterizas en los territorios meridionales de Argentina y Chile (siglos XVI-XVIII)", realizado en Buenos Aires en julio de 1989 en el marco del I Congreso Internacional de Etnohistoria, constituyeron una clara muestra de estas posibilidades.

<sup>2</sup> Villalobos R., Sergio, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1989.

<sup>3</sup> Véase, Villalobos R., Sergio *et al.*, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, por S. Villalobos, C. Aldunate, H. Zapater, M. L. Méndez y C. Bascañán, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1982; Villalobos R., S. y J. Pinto R. (comps.), *Araucanía. Temas de historia fronteriza*, Temuco (Chile), Universidad de la Frontera, 1985; Casanova Guarda, Holdenis, *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII. Mito y realidad*, Temuco (Chile), Universidad de la Frontera, 1987; Leiva, Arturo, *El primer avance de la Araucanía. Angol 1862*, Temuco (Chile), Universidad de la Frontera, 1984. También, aunque su enfoque difiere en muchos aspectos, León Solís, Leonardo, "Alianzas militares entre los indios de Argentina y Chile. La rebelión araucana de 1867-1872", en: *Nueva Historia*, núm. 1, Londres, 1981,

Expresadas en forma sintética, y más allá de las diferencias que se pueden encontrar entre los distintos autores, esas nuevas ideas coinciden en rechazar cualquier interpretación simplista de las relaciones fronterizas, en particular la interpretación de la historiografía tradicional que, interesada ante todo en una historia de carácter épico, veía la frontera desde una perspectiva bélica, esto es, exclusivamente como una frontera de guerra. Así, en Chile,

la idea de "frontera" se asocia a la región de la Araucanía. Fue, tradicionalmente, la "frontera" entre dos mundos: el del europeo, cuyas influencias penetran en nuestro continente a través del conquistador del siglo XVI, y el auténticamente nativo, que se encierra en un espacio al cual pudo llegar, no sin tropiezos, la influencia del anterior.<sup>4</sup>

Una tendencia similar ha dominado la historiografía argentina hasta muy recientemente, reduciendo la problemática fronteriza al tema de la "guerra fronteriza", una guerra tras la cual subyace la oposición entre civilización y barbarie, oposición en la que esa guerra encuentra su justificación.<sup>5</sup> Esta concepción se expresó con fuerza en los múltiples trabajos —salvo excepciones, de dudoso valor científico— realizados hace una década con motivo de la celebración del Centenario de la llamada "Conquista del desierto" y que se presentaron en jornadas y congresos realizados con tal motivo: dada la situación política de Argentina en esos momentos, todo terminó en una gran apología de la gesta militar.

Una visión diferente aparece en Argentina en las últimas décadas en algunos trabajos vinculados, especialmente, a la historia económica. Trabajos científicamente rigurosos, reducen sin embargo el problema de la frontera al de la "ocupación" del territorio. La frontera misma aparece aquí como un espacio vacío, como una "tierra virgen", y lo que interesa son las causas y mecanismos por los que se opera tal ocu-

---

pp. 3-49; "La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las pampas, 1760-1806", en: *Nueva Historia. Revista de Historia de Chile*, núm. 5, Londres, 1982, pp. 31-67; "Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", en: *Boletín Americanista*, año XXVIII, núm. 36, Barcelona, 1987, pp. 75-104. Centrado, en cambio, en la problemática indígena: Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche* (siglos XIX y XX), Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1985.

<sup>4</sup> Villalobos R., Sergio y J. Pinto R. (comps.), *Araucanía. Temas de historia fronteriza...* cit., p. 8.

<sup>5</sup> Véanse, por ejemplo, los trabajos clásicos de Muñiz, Rómulo, *Los indios pampas*, Buenos Aires, Editorial Bragado, 1966; Shoo Lastra, Dionisio, *El indio del desierto (1535-1879)*, Buenos Aires, Goncourt, 1977; Pastor, Reinaldo, A., *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*, Buenos Aires, Sociedad de Historia Argentina, 1942; Biedma, José J., *Crónicas militares. Antecedentes históricos sobre la campaña contra los indios*, Buenos Aires, EUDEBA, 1975; Marfany, Roberto H., *El indio en la colonización de Buenos Aires*, Buenos Aires (Comisión Nacional de Cultura), 1940; "Frontera con los indios en el Sud y fundación de pueblos", en: Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, vol. 4, 1ª sección, R. Levene, dir. general, 2ª ed., Buenos Aires, El Ateneo, 1940; pp. 307-333; Walther, Juan C., *La conquista del desierto*. 2ª ed, Buenos Aires, Círculo Militar, 1964. Aunque con la misma concepción, el trabajo de Alfred Tapson: "Indian Warfare on the Pampa during the Colonial Period", en: *Hispanic American Historical Review*, 42, 1 (feb. 1962), pp. 1-28, merece una referencia especial ya que, como historiador profesional, Tapson escapa a muchas de las limitaciones presentes en los trabajos antes citados, muchos de los cuales dudosamente pueden ser incluidos en la categoría de "históricos".



pación, la consecuente puesta en explotación de esas tierras y el carácter de la sociedad que emerge de la misma.<sup>6</sup> Esta misma tendencia reaparece ahora en algunas investigaciones sobre la época colonial rioplatense. Por detrás de todos estos trabajos repercuten los ecos de la vieja polémica en torno a la concepción "turneriana" de las fronteras.<sup>7</sup>

Pero ha faltado entre los historiadores argentinos, salvo algunas excepciones,<sup>8</sup> la consideración de la frontera concebida no como límite o separación sino como un área de interrelación entre dos sociedades distintas, área en la que se operaban procesos económicos, sociales, políticos y culturales específicos. Y por supuesto, se careció de interés por los problemas de la sociedad indígena, campo que se dejó en manos de los antropólogos.

Entre los historiadores chilenos, en cambio, frente a ese enfoque tradicional, se postuló como punto de partida la hipótesis de que el énfasis puesto en la lucha armada era erróneo y constituía uno de los mitos de la historia de Chile, producto, en todo caso, de proyectar a toda una historia fronteriza de más de tres siglos las condiciones imperantes durante los primeros cien años, marcados por las llamadas "guerras de Arauco", que se iniciaron con el levantamiento de 1553 y culminaron con el gran alzamiento de 1655. En suma, pues, la guerra, una guerra intensa y sangrienta, sólo había sido realmente importante hasta 1656. Desde entonces, las relaciones pacíficas fueron prevaleciendo hasta constituir el fenómeno más destacado. Por supuesto, no se descarta la existencia de choques bélicos periódicos así como de un clima permanente de violencia —real o potencial— generada en buena medida por el mismo contacto pacífico y las múltiples relaciones a que la convivencia forzaba (comercio, mestizaje, labor misionera).

En efecto, a partir de la misma guerra, la coexistencia forzada había generado múltiples contactos, intercambios, necesidades e intereses que, si eran causa de roces y conflictos, creaban al mismo tiempo una interdependencia cada vez mayor en-

<sup>6</sup> Véase, Cortés Conde, R. y E. Gallo, *La formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Paidós, 1967; *Argentina. La República Conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 1972 (Historia Argentina Paidós, vol. 5); Gallo, Ezequiel, "Ocupación de tierras y colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)", en: Jara, Alvaro (comp.), *Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*, México, El Colegio de México, 1969, pp. 92-104; Cortés Conde, Roberto, "Algunos rasgos de la expansión territorial en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX", en: *Desarrollo Económico*, vol. 8, núm. 29, abril/junio 1968, pp. 3-29; Halperin Donghi, Tulio, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en: *Desarrollo Económico*, vol. 3, núm. 1/2 (abril/septiembre 1963), pp. 57-110; "La expansión de la frontera de Buenos Aires (1810-1852)", en: Jara, Alvaro (comp.), *Tierras nuevas...*, cit., pp. 77-91; *Argentina. De la independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

<sup>7</sup> Véase el trabajo de Garavaglia, Juan Carlos, "Formación y desarrollo de la frontera en la argentina pampeana (1700-1855)", en el I Congreso Internacional de Etnohistoria, Buenos Aires, 17-21 de julio de 1989, trabajo, en otros aspectos, sugerente y significativo que obliga a dejar de lado viejos preconceptos, especialmente sobre la demografía y la estructura económica de la región.

<sup>8</sup> Entre esas excepciones habría que mencionar un breve trabajo de Enrique Sánchez y Juliá (*Sociedad Indígena y conquista del Desierto-Norpatagonia-Etnohistoria*, Bariloche, Universidad Nacional del Comahue/Centro Regional Bariloche, 1976) y las tesis de Martha Bechis (*Interethnic relations during the period of nation-state formation in Chile and Argentina, from sovereign to ethnic*. Ann Arbor, MI, University Microfilms International, 1984) y de Kristine Jones (*Conflict and adaptation in the Argentine pampas. 1750-1880*. Ph. D. Diss. Chicago, Univ. of Chicago, 1984), pero los dos primeros no son historiadores y la tercera no es argentina.

tre ambas sociedades. Como resultado, la idea de una frontera como "separación" entre dos mundos dio paso a una concepción de la frontera como un vasto espacio geográfico y social en el que se desarrollaba un complejo conjunto de relaciones entre esos mundos en contacto, relaciones que afectaban por igual a ambas sociedades. La obra de Villalobos que comentamos se inscribe en esta tendencia y son esas hipótesis básicas las que la presiden, organizan y ordenan. En realidad, Villalobos pone aquí a prueba, mediante el análisis de la historia de un grupo étnico particular, el de los pehuenches, la validez de las hipótesis formuladas en sus trabajos anteriores.<sup>9</sup> Tal intento explica, acaso sin proponérselo, al mismo tiempo los méritos y los límites de la obra, méritos y límites que, en buena medida, tienen que ver con el enfoque mismo que la sustenta.

No parece casual que, dadas las posturas del autor, hayan los pehuenches atraído su atención. Aunque constituyan un grupo relativamente pequeño y arrinconado en sus refugios cordilleranos, jugaron un papel fundamental en las relaciones entre los cristianos (españoles primero, criollos después) y los demás grupos indios. Tenían, además, una clara conciencia de su identidad étnica, pese a los profundos cambios culturales operados por el contacto con los araucanos y con los europeos. Finalmente, a lo largo del siglo XVIII, los pehuenches fueron amarrando los lazos de una alianza bastante estrecha con los españoles: a los indios, el respaldo de las autoridades coloniales les posibilitaba enfrentar la expansión agresiva de grupos rivales, como los huilliches; a los españoles les permitía tener aliados frente a los demás indios y asegurar el control sobre el corredor cordillerano.<sup>10</sup>

Encuadrada en un enfoque estrictamente histórico, la obra de Villalobos traza un cuadro rico y ameno de la vida de la etnia pehuenche desde los momentos iniciales del contacto hasta lo que el autor considera el ocaso de ese pueblo, ocaso lento que se verifica a lo largo del siglo XIX. Aunque así encuadrada cronológicamente, la mayor parte de la obra se centra, sin embargo, en el siglo XVIII: excepto los dos primeros capítulos —dedicados al "país de los pehuenches" y a los primeros tiempos del contacto— y los dos últimos —que se ocupan de la expedición de Luis de la Cruz y del ocaso de los pehuenches—, los restantes catorce que componen el libro abordan el estudio de los pehuenches en ese siglo.

Esto no es ilógico ya que es en esa época cuando se van consolidando las rela-

<sup>9</sup> Refiero especialmente a "Tres siglos y medio de vida fronteriza", en: Villalobos R., Sergio *et al.*, *Relaciones fronterizas en la Araucanía...*, cit., pp. 11-64; "Guerra y paz en la Araucanía, periodificación", en: Villalobos R., Sergio y Jorge Pinto R. (comps.), *Araucanía. Temas de Historia Fronteriza...*, cit., pp. 7-30.

<sup>10</sup> En los últimos años, otros trabajos más puntuales han aportado múltiples elementos para el conocimiento de los pehuenches. Véase, Casanova Guarda, Holdenis, "La alianza hispano pehuenche y sus efectos en la Araucanía del siglo XVIII", ponencia presentada en el I Congreso Internacional de Etnohistoria, Buenos Aires, 17-21 de julio de 1989. Sobre los pehuenches del norte neuquino, Biset, Ana María y Gladys Varela, "Modelos de asentamiento y ocupación del espacio de la sociedad pehuenche del siglo XVIII, la cuenca del Curi Leuvu - Provincia del Neuquén", ponencia presentada en el I Congreso Internacional de Etnohistoria, Buenos Aires, 17-21 de julio de 1989; "El sitio arqueológico de Caepe Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino en el siglo XVIII", en: *Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional* (Coord. M. T. Boschín), Tandil, IEP/UNCPBA, 1990 (Cuadernos de Investigación, 2, en prensa). Los trabajos arqueológicos que se realizan en Caepe Malal dirigidos por Ana M. Biset y Adán Hujduk documentan de modo indiscutido el proceso de contacto hispano-indígena.

ciones pacíficas y los contactos se hacen más frecuentes y regulares, lo que se traduce en una más voluminosa masa de información. Es también el momento en que se hacen más claros y visibles los efectos y las transformaciones derivadas del contacto iniciado con el asentamiento de los españoles en Chile. Además no están aquí ausentes los intereses del autor, pues el siglo XVIII es, no lo dudamos, el mejor momento para demostrar lo que son y cómo funcionan esas "relaciones pacíficas" que afectan todos los aspectos de la vida social. Es por otra parte una época que el autor conoce en profundidad, a la que ha dedicado muchos de sus trabajos y en la cual, sin duda, se maneja con comodidad.

También en el marco geográfico el análisis muestra cierto sesgo al otorgar mayor peso relativo a los pehuenches de la banda occidental. Pero esto parece tener que ver más con la mayor disponibilidad de documentación que con cualquier criterio valorativo, ya que el trabajo de Villalobos es lo suficientemente amplio como para dedicar incluso un capítulo a las poblaciones de las pampas, poblaciones con las que los pehuenches mantienen estrechos y constantes contactos.

La amplitud geográfica y cronológica del tema, así como la complejidad de los procesos que se operan en ese tiempo y ese espacio, obligan por fuerza al autor a priorizar ciertos ejes en su desarrollo. Esos ejes están determinados, justamente, por el interés que señalamos de poner a prueba sus hipótesis sobre lo que fueron las relaciones fronterizas en la Araucanía. Así pues, como lo sugiere el mismo título, el libro no es tanto una historia de los pehuenches cuanto una historia de las relaciones de los pehuenches con la sociedad hispanocriolla, de los caracteres y de las transformaciones de esas relaciones en el tiempo.

Al tomar esta opción Villalobos subordina a ella otros aspectos significativos del tema, como los procesos de cambio económico, social, político y cultural que se operan dentro de la sociedad pehuenche. No significa que tales procesos no estén considerados en la obra pero, al subordinarlos a la relación de frontera, se diluye su especificidad y aparecen más bien como una consecuencia necesaria de tal relación, como un producto de la misma, carente o, al menos, con una escasa dinámica propia.<sup>11</sup>

Estas características del trabajo explican también, tal vez, algunos rasgos del último capítulo de la obra, capítulo que nos mueve a ciertas objeciones. Para el autor,

<sup>11</sup> Véase también, por ejemplo, la interpretación de los levantamientos araucanos del siglo XIX y de la conquista e incorporación definitiva de la Araucanía: los levantamientos, promovidos en última instancia por los mismos blancos, no habrían sido sino coletazos de conflictos que conmovieron a la sociedad chilena; la incorporación de la Araucanía al Estado chileno es descripta como una "integración definitiva", como la culminación de un proceso de integración comenzado al menos dos siglos antes, rechazándose calificativos como "ocupación" o "incorporación" (Villalobos R., Sergio, "Tres siglos y medio...", cit., p. 64; "Guerra y paz en la Araucanía...", cit., p. 26). Pero cabría pensar que los caciques que participaron en levantamientos armados no eran meros títeres de los políticos chilenos sino que buscaban, a través de alianzas con determinados bandos, asegurar la posición de los araucanos y proteger sus tierras del avance blanco que, con los años, se iba haciendo más notorio. Esa participación era parte de una estrategia de supervivencia y de resistencia al avance chileno, por lo que la incorporación de la Araucanía conformó una verdadera ocupación y no simplemente una etapa final del proceso de integración (Bengoa, José, *Historia del pueblo...*, cit., pp. 135-183). Véanse también las conclusiones de Leonardo León Solís ("Alianzas militares...", cit., pp. 38-39), quien enfatiza el carácter independiente de los procesos políticos que se operan en el mundo indígena, más allá de los lazos estrechos que pueda tener con la sociedad blanca.

la historia de los pehuenches a lo largo del siglo XIX es esencialmente una historia de decadencia y de ocaso, de degradación paulatina de las viejas pautas culturales: decadencia, ocaso y degradación que no son sino el resultado del prolongado contacto con los blancos. Quizá son las mismas fuentes —el capítulo se apoya, sobre todo, en los testimonios de Beauchef, Poeppig, Domeyko, Smith, Salvo y las noticias de *El Independiente*— las que transmiten esta imagen al autor. Hablar de “decadencia” u “ocaso” es siempre, en historia, muy arriesgado y, además, algunos de los indicadores de tal decadencia son objetables: las borracheras y el consumo de alcohol, sin duda estimulados por los mercachifles blancos que hacían pingües negocios proporcionando vinos y licores a los indígenas, no pueden valorarse sólo con los criterios occidentales (especialmente de los occidentales del siglo XIX). El consumo de bebidas alcohólicas —el licor europeo sólo ha reemplazado a la chicha nativa— ocupa un lugar diferente en la sociedad indígena y debe ser entendido en ese contexto.<sup>12</sup>

No caben dudas que el reiterado contacto con los blancos fue transformando hábitos, costumbres y patrones culturales. La duda está en saber cuándo tales cambios pueden considerarse como una “decadencia”. Valga sólo un ejemplo. Los múltiples datos aportados por Villalobos indican que los pehuenches cordilleranos no cultivaban sino que adquirían los granos para su consumo en la frontera con los blancos,<sup>13</sup> contrastando en esto con otros grupos indígenas vecinos. Sin embargo, en los momentos previos al inicio de la conquista definitiva del territorio indio por los ejércitos nacionales (mediados de la década de 1870) nos encontramos que, al menos los pehuenches orientales, practicaban la agricultura e, incluso, habían desarrollado sistemas simples de regadío.<sup>14</sup> Otras referencias que, para esta época, tenemos sobre los pehuenches orientales en las fuentes argentinas no los muestran tan “decadentes”.<sup>15</sup>

Un rasgo característico de esta reconstrucción de las relaciones de los pehuenches con la sociedad hispanocriolla, es el lugar destacado que ocupa la enorme documentación que maneja su autor. Parece lógico que en una obra de historia los documentos sean importantes, pero en el libro de Villalobos son algo más que fuentes de información: los documentos son parte del relato mismo, se integran a la trama de la obra. Dicho de otro modo, en muchos momentos la trama misma se construye sobre los documentos que en algunos casos son transcriptos en extenso.

Abundar en la transcripción de documentos es riesgoso para un historiador;

<sup>12</sup> Mansilla vio claramente esta diferencia. Véase, *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires, CEAL, 1967, I, pp. 166-170. El uso de la chicha con fines sociales, políticos y rituales es ampliamente conocido en el mundo andino a través, por ejemplo, de los trabajos de John Murra y María Rostworowski de Diez Canseco.

<sup>13</sup> Quedaría por saber si nunca lo hicieron o si abandonaron dicha práctica en favor de una especialización económica que los volcó hacia el pastoreo y la ganadería. Esta última posición explicaría mejor la temprana referencia a la práctica del cultivo proporcionada por Diego Rosales (*Historia General del Reyno de Chile. Flandes Indiano*, por el R. P. ... Publicada, anotada y precedida de ... por Benjamín Vicuña Mackenna, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877; I, p. 192).

<sup>14</sup> Véase, Mandrini, Raúl, “La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)”, *Anuario del IEHS*, I, 1986, Tandil, UNCPBA, 1987, pp. 28-29.

<sup>15</sup> Véase, por ejemplo, la carta que dirige Roca —cuya opinión no suele ser, justamente, favorable a los indios— al redactor del periódico *La República* en abril de 1876, en: Olascoaga, Manuel J., *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1974, pp. 76-80. También las referencias a Feliciano Purrán en el Diario de marchas de la 4.ª División Expedicionaria (1879) al mando del Napoleón Uriburu, en: *ibid.*, pp. 362-363.

Villalobos afronta el riesgo y —excepto quizá en el último capítulo, como ya señalamos— sale con éxito de la empresa logrando imprimir a su obra vitalidad, calidez y riqueza. Puede hacerlo pues, a su calidad como escritor, un conocimiento profundo y cimentado en años de experiencia en el manejo de esa documentación, tanto se trate de crónicas y relaciones como del variado material de archivo que ha recogido. En este sentido, el libro de Villalobos arroja por baranda otro de los mitos comunes: la dificultad de estudiar la historia indígena por la “falta de documentación”. Villalobos muestra que esa documentación existe y que, en realidad, el problema de los historiadores ha sido no saber leerla.

Pero, a nuestro entender, el mayor mérito de este nuevo libro de Villalobos es que se trata de una obra abierta que, a lo largo de sus casi doscientas setenta páginas, aporta permanentemente pistas, sugerencias y preguntas, que sin duda servirán en el futuro al mismo autor, u otros investigadores que se interesen en el tema, de puntos de partida para su trabajo. Aquí la antropología habrá de brindar una importante ayuda, no para reemplazar el análisis histórico sino para unirse a él y enriquecerlo. Esperamos tales trabajos: algunos están en marcha, otros habrán de venir. Recordemos que las obras históricas más importantes no lo han sido solamente por lo que ellas mismas han aportado, sino además por el impulso y los estímulos que han generado.

